

Dedicatoria

A Tatiana, mi novia de toda la vida, mi apoyo en las horas de más desaliento y quien espero que algún día, convertida en mi esposa, me acompañe en los largos y ojalá mejores siglos por venir.

DESDE LA OTRA ORILLA DEL RÍO DE LA VIDA

LEONARDO ANDRÉS HENAO HENAO

Cód 0835160

UNIVERSIDAD DEL VALLE

FACULTAD DE HUMANIDADES

ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Santiago de Cali, 5 de Febrero de 2018

DESDE LA OTRA ORILLA DEL RÍO DE LA VIDA

LEONARDO ANDRÉS HENAO HENAO

Requisito parcial para optar por el título de Licenciado en Literatura

Asesora

ELIANA SCIOVILLE

Mg. Literatura colombiana y latinoamericana

UNIVERSIDAD DEL VALLE

FACULTAD DE HUMANIDADES

ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Santiago de Cali, 5 de Febrero de 2018

Contenido

1.¿POR QUÉ ESCRIBÍ UN TRABAJO CREATIVO?	5
2.EL EJERCICIO DE LA CREACIÓN.....	19
3.CONCLUSIONES.....	27
4.EL PROCESO DE LA MUERTE EN <i>EL HOMBRE MUERTO</i> , DE HORACIO QUIROGA.....	30
4.1La llegada del infortunio.....	30
4.2La lucha contra la muerte.....	33
4.3El renacimiento.....	38
5.BIBLIOGRAFÍA.....	42
6.TRABAJO CREATIVO: DESDE LA OTRA ORILLA DEL RÍO DE LA VIDA.....	44
6.1Una visita de consolación.....	45
6.2 Una tarde para el recuerdo.....	54
6.3 La soñadora de desgracias.....	72
6.4 Habitantes de los mundos.....	93

1.¿POR QUÉ ESCRIBÍ UN TRABAJO CREATIVO?

La decisión de buscar en la escritura una manera de realizarme en términos profesionales, la tomé a los veinte años y en un momento en que distaba a sólo dos semestres de recibir mi título como estadístico. En el bachillerato fui un estudiante que estuvo un poco por encima del promedio, pero muy lejos de posiciones que pudieran enorgullecer a mi familia. En las clases de Español cumplí con mis lecturas sin prestarles demasiada atención, sin exigirme a fondo, sin imaginar siquiera lo que años más tarde sería esta actividad para mí. En mi adolescencia estuve enfocado en convertirme en futbolista. Entrenaba a diario por mi propia cuenta, con rutinas que no respondían tanto a potenciar una habilidad especial, como a impedir que se oxidara un manejo del balón que no era desdeñable. Una tarde estaba en pleno calentamiento muscular, cuando de pronto me sentí más cansado que de costumbre, y más por distracción que por hábito me senté a leer *La rebelión de las ratas*, una novela que no recuerdo la razón por la cual la llevaba entre mis cosas y que, si bien hoy ya no me despierta ningún entusiasmo, en aquellos días me abrió las puertas del descubrimiento de la literatura.

Apenas me gradué como bachiller quise resistirme a entrar a la universidad de inmediato. Tenía sólo dieciséis años y quería tomarme un tiempo para reflexionar, para indagar en mí mismo, para determinar si mis intereses de la adolescencia tendrían potencial para ser explotados de forma que me permitieran sobrevivir en la madurez. Ya había descartado el fútbol. Fui el jugador más destacado en el barrio Junín y sus alrededores, gozaba incluso de cierta notoriedad, pero esas modestas credenciales resultaron insuficientes en la Escuela Carlos Sarmiento

Lora, donde no fui seleccionado, luego de tres meses de pruebas, para integrar un grupo excepcional de veinte deportistas.

Luego de mi frustración con el fútbol, mis padres no me concedieron un segundo para pensar el rumbo a seguir. Creían que el exceso de tiempo libre me pondría en el destructivo camino de las drogas (nunca me quedó claro por qué) y que terminaría por hacer de mi vida un fiasco. No me quedó más remedio que estudiar estadística, una carrera muy bien recomendada por el profesor de cálculo del colegio, pues había una creciente demanda de profesionales de esta disciplina que no era satisfecha por las escasas tres universidades que la enseñan en el país.

Desde la primera clase mi cambio como estudiante me sorprendió. Aprendí algunas técnicas para hacer más eficiente mi tiempo y así poder rendir en todas las materias con resultados halagadores. Los momentos de ocio los llenaba leyendo literatura. No tenía filtros y aún mi capacidad crítica estaba reducida al nivel de un analfabeta, de modo que mis elecciones estaban dictadas casi siempre por la intuición. Con el paso del tiempo me volví más selectivo, menos tolerante, y empezó a surgir un interés por la escritura de un diario en el que suplanté mi aburrida realidad por una de ficción y de uno que otro cuento sin razón de ser que una ilusión ciega me impulsó a mandar a un concurso tras otro, sin más resultado que una carta en la que creí que se me comunicaba un veredicto a mi favor, cuando lo que en verdad contenía era una nota en que se agradecía mi participación y me invitaban a continuar escribiendo.

Al principio de mi carrera en estadística la literatura era una pasión en efervescencia a la que le dedicaba las sobras de mi tiempo. Sin embargo, con el

paso de los semestres los papeles se fueron invirtiendo de modo casi imperceptible, hasta que llegó el momento en que no sabía cómo desentenderme de mis compromisos en la universidad para leer y escribir a mis anchas. Sentía que la amenaza de la jamás imaginada profesión de la escritura se abría un camino que no admitía razones, se resistía con denuedo a que se le dejara en un segundo plano y se imponía como mi principal obstáculo para llegar al término de mis estudios. No sabía qué hacer. Creí que lo más conveniente era titularme y, desde una posición económica más o menos resuelta, probar si tenía materia prima para escribir con un mínimo de seriedad. Sin embargo, la fuerza de la vocación pronto me permitió vislumbrar que el aliento no me alcanzaría para tanto.

Para ganar un poco de confianza y hacerme a una idea acerca de la verdadera calidad de las armas de que estaba provisto, me matriculé en un curso de literatura norteamericana dictado por la profesora Amparo Urdinola. Estudiamos cinco de las novelas más relevantes de William Faulkner. Nunca he visto a un ser más lúcido ni más fluido e inspirado a la hora de expresarse sobre un escritor y su obra. Pensé que una opinión como la de ella sería fundamental para disipar o agudizar mis temores acerca de mis posibilidades en la literatura. Pero nunca nos dejó un trabajo, ni siquiera una reseña por el amor de Dios; sólo hubo un examen sobre *Luz de agosto*, justo la única novela que no alcancé a terminar, y una exposición, que en mi caso fue sobre *Absalón, Absalón!* y que agradecí con el alma, porque por un momento alcancé a pensar que no podría tener tan mala suerte en la vida.

Hice un estudio riguroso sobre la novela, sazonado con algunos trabajos de académicos con renombre, pero tuve el atrevimiento de que, ante todo, primara mi intuición, mi visión crítica, mis consideraciones de escritor en pañales, y redacté seis páginas en las que me jugué el pellejo y que me aprendí de memoria luego de

varios días de estudio. En la clase las pronuncié sin un solo error, sin el más leve tropiezo, teniendo la precaución de mirar el texto base de vez en cuando, de forma que la profesora Urdinola viera que mi oratoria no era más que un recurso de emergencia a través del cual le presentaba mi escritura. Al final, me felicitó por la forma tan poética como había cerrado mi intervención y, un poco extrañada, me preguntó qué semestre de literatura cursaba en el momento. No fue un elogio desmesurado, lo sé, pero para mí fue suficiente para encender una luz en las tinieblas de mis dudas, e insuflarme la idea –no sé por qué- de que algún día estaría en condiciones de escribir un libro.

Algunos meses más tarde, el reducido margen de tolerancia con que había encarado mis clases de estadística, estaba a punto de agotarse. Mi prioridad era graduarme, pero sin motivación y atrapado por la lectura y la escritura, que cada día le raptaban más tiempo a mis estudios, intuía que el cambio de rumbo era inminente. Sólo necesitaba un ligero empujón.

Una mañana, poco antes de salir a vacaciones del octavo semestre, un compañero de la universidad me preguntó si me interesaba corregir la autobiografía de su abuela. Acepté sin preguntar siquiera por el pago, agradecido de que al fin pudiera relacionarme de forma cercana con alguien que -supuse de antemano- tendría cierto dominio del lenguaje y una cultura que podría servirme de brújula en mis lecturas caóticas. Pero, con todo el respeto que doña Noemí se merece, no encontré nada de eso.

Se trataba de una señora próxima a cumplir los noventa años, el ser más bondadoso, dulce y maternal que he conocido. La vejez le llegó con todo tipo de enfermedades que la recluyeron en una cama que sólo abandonaba para acudir al

baño o a sus numerosas citas médicas. Desde su juventud se dedicó a pintar flores y paisajes y a veces escribía poesías y algunas reflexiones de carácter moral. Todo lo hizo sin recibir un solo día de instrucción en una universidad. Era una lectora más bien discreta, pero se había esmerado con la poesía colombiana del siglo XX, y un día se sintió con el ánimo y la confianza arriba y emprendió la escritura de cinco tomos de poesía cuya publicación pagó su familia. Con su autobiografía quiso cerrar el ciclo de su producción literaria. Nunca antes pidió los oficios de un corrector, pero esa vez lo hizo, tal vez consciente de los tropiezos de su prosa, y yo acudí en su auxilio de forma un tanto irresponsable, convencido de que podría hacer un humilde aporte.

Eran casi trescientas páginas, y desde el primer párrafo me di cuenta de que el trabajo sería arduo. La puntuación no sólo era incorrecta, sino puesta según los dictados del azar. Muchas de las historias estaban inconclusas, se repetían y otras adolecían de informaciones tan relevantes, que debía preguntárselas a doña Noemí, avergonzado por interrumpir su siesta. Había líneas cuya longitud de autopista perdían el sentido a mitad de camino. Los tiempos se confundían de un momento a otro, sin que existiera un propósito concreto, de modo que la Noemí niña que sufría arrepentida porque fue capturada robando las galletas de las monjas que la educaban, de pronto se esfumaba en el párrafo siguiente para cederle el paso a la Noemí adulta que, ofreciendo disculpas por la revelación, contaba el martirio de más de cuarenta años de un matrimonio abusivo donde jamás fue feliz.

Con tantos daños estructurales, estimé que necesitaría al menos todas las tardes de tres meses, más una paciencia de piedra, no para dejar las memorias en condiciones aceptables, sino para hacer reparaciones básicas que podrían

colapsar de un momento a otro. Iba por la página cuarenta, desfalleciendo de aburrimiento, cuando se me ocurrió una idea egoísta. De la manera más cuidadosa le expuse a doña Noemí una síntesis de los problemas de su texto. Aún me remuerde la conciencia cuando recuerdo la humildad con que me escuchó. Yo creía, con todo el respeto del mundo, que la única manera de ponerle remedio a todo (¡Dios perdone mi atrevimiento!) era empezando desde cero. Mi propuesta consistía en seleccionar treinta anécdotas, ponerles un título a cada una y reescribirlas como máximo en cuatro páginas, y dar así una visión panorámica de la vida de doña Noemí. Sería un trabajo conjunto; ella corregiría imprecisiones y suministraría datos vitales, en tanto que yo estaría frente al computador, como un simple “organizador” de la información.

Aceptó sin ponerme una sola condición, y de inmediato me lancé de cabeza a trabajar. Durante más de un mes escribí cada tarde a lo largo de cinco horas de ensoñación que sólo suspendía para entrar y salir del baño del modo más apresurado que pude. Apenas eran dos o tres páginas por sesión las que lograba sacar en blanco y que al final doña Noemí revisaba con un esfuerzo físico estremecedor y unas razones más que benévolas. Cuando llegué a la página cien me embargó la dicha de comprobar que, en el caso ya no tan improbable de que decidiera escribir, contaba con el fondo mental, la disciplina y la obstinación (no sé si el talento), para emprender un proyecto más o menos grande. Me ilusionaba que, con sólo veinte años, estuviera en camino de escribir mi primer libro.

Pero el infortunio intervino y tiró mi castillo de naipes por el suelo. Un día Teresa, una hija de doña Noemí, me pidió cinco minutos para que conversáramos. Se le veía ofuscada, conteniendo a duras penas una rabia que le carcomía las entrañas. Había querido mirar los avances de mis correcciones, pero se sorprendió

cuando vio que yo había despreciado tantos meses de trabajo de su madre, por el mero capricho de escribir lo que ya estaba escrito. Le parecía un gran irrespeto lo que yo había hecho y me exigía, de forma perentoria, que detuviera mi proyecto y me enfocara en el de su madre. Para eso era para lo que me estaban pagando. Para nada más.

Me molesté tanto que refrené mi lengua para no decir cualquier despropósito, y preferí largarme sin despedirme de nadie, decidido a no regresar jamás. Dos días después doña Noemí me llamó por teléfono, y no tuve corazón para persistir en mi renuncia. Eso sí: le dije lo molesto que me sentía por el incidente con Teresa y le expresé mi preocupación de que todo lo que habíamos hecho se fuera por la borda. “No le haga caso a eso, que ella está loca”, me dijo doña Noemí. Sin embargo, al día siguiente, cuando volví a su casa a retomar mi trabajo, Teresa me recibió en la puerta y, con una amabilidad a la que se le notaba el esfuerzo, me recordó a qué tenía que limitarme. Pasé furioso como un huracán, prendí el computador y borré sin remordimientos todo lo que había escrito.

Regresé al texto original y en un par de semanas le hice los ajustes que me estaban permitidos. Traté de consultar a doña Noemí lo menos posible, como tirándole un anzuelo para forzarla a preguntarme por el progreso de la biografía que hacía para ella a precio de huevo, pero jamás me dijo una sola palabra, como si lo hubiera olvidado todo en un abrir y cerrar de ojos. Después de terminar no le recordé que, desde un principio, acordamos que yo haría el prólogo. Me despedí de todos, incluso de Teresa, tratando de ser formal y educado y de mostrarme libre de rencores tóxicos. No sólo prometí regresar a visitarlos de manera periódica, sino que les expresé mi compromiso de acudir al lanzamiento del libro y de hacer unas palabras en honor de doña Noemí, pero estaba defraudado, amargado y

herido, y siempre tuve una buena excusa para eludirlos, hasta que al final comprendieron y dejaron de llamarme.

Mi vuelta a la universidad para cursar el noveno semestre, estuvo marcada por el temor de que no sabía de dónde sacar arrestos para graduarme en una disciplina que no despertaba en mí el más mínimo interés. Durante las tres primeras semanas de clase padecí un insomnio pertinaz, resistente incluso a los mejores recursos de las abuelas. No tuve la menor intención de cumplir con mis trabajos, y a veces me asaltaban unos deseos de llorar tan grandes, que era como si de pronto se hubiera muerto uno de mis seres más queridos. Cuando una tarde pensé en la muerte y en una forma muy específica de salir a su encuentro, advertí que había llegado demasiado lejos y que debía buscar correctivos de inmediato. De modo que una mañana, quince minutos después de haber iniciado la soporífera clase de Laboratorio de Estadística IV, tomé mis cosas con un gesto brusco, produciendo más alboroto del que hubiera querido, y abandoné el salón con la certeza de que era la primera decisión correcta que tomaba no sólo para convertirme en escritor, sino para salvar mi vida.

La experiencia de las cien páginas que hice para doña Noemí y que luego borré, alimentaron la fe desmesurada de que estaba maduro para escribir mi primer libro de cuentos. Tras superar las recriminaciones y reproches que surgieron en mi familia por mi decisión de abandonar mis estudios, tuve dos años de paz en los que leí hasta donde me lo permitió la irritación de los ojos y escribí decenas de historias que, a su término, me parecían notables, pero que con el correr de los años he considerado como esfuerzos sin porvenir cuya única utilidad residió en el hecho de que obraron como un entrenamiento para graduar el volumen y la intensidad de mi voz narrativa en construcción.

En algún momento de esa época de ignorancia logré darle punto final a un conjunto de cuentos para los cuales quise buscar una solución editorial en el acto. Mandé pieza por pieza a diversos concursos literarios, con la intención de un eventual premio me abriera algunas puertas. Cada uno de los veredictos emitidos fallaron en mi contra, salvo dos, los de menor resonancia, los más anónimos, los que de modo más fácil quedarían en el olvido, pero para mí fueron esenciales para vencer la incredulidad de mi familia y atiborrarme el corazón de ilusiones. Con las esperanzas reverdecidas, hice algunas correcciones y escribí una carta para la profesora Amparo Urdinola en la que la ponía al tanto del impacto que su curso había tenido en mí, la enteraba sobre algunos aspectos de mi lucha para escribir y le solicitaba (¡dónde se había visto semejante atrevimiento!) una evaluación crítica de mi trabajo.

Me había aislado tanto del trato social en esos años, que me dio vergüenza acudir a la universidad y envié a uno de mis hermanos con el paquete. La profesora ya se había jubilado. En su lugar se ofreció un generoso profesor a quien tiempo atrás había visto dictando una conferencia de literatura en la que sólo le faltó volar. Eso sí, impuso la condición de que yo debía estar presente. Tan pronto llegué a su oficina me previno sobre la severidad y la crudeza de sus juicios, y me preguntó si de veras quería escucharlo. Eso me asustó, pero no tenía más remedio que aceptar.

Empecé tan bien, que él incluso suspendió la lectura para concederme un elogio precipitado. Sin embargo, tras la segunda página lo noté contrariado, molesto, casi furioso y terminó por devolverme el cuento y pedirme que me retirara. “¿Sabe qué le puedo aconsejar?”, me dijo antes de que me fuera con el rabo entre las patas. “Que entre a estudiar literatura. Le puede ayudar mucho”. En

casa arrojé los cuentos al fondo del tarro de la basura, y en ningún momento me sentí de pronto en el riesgo de acudir a su rescate. Aquel episodio, donde viví por segunda vez el naufragio de una modesta obra que, en algún momento, creí que se bastaba para al menos mantenerse a flote, fue crucial para asirme a la convicción de que un tercer intento no podría tener el mismo destino. Esperaría un poco antes de poner la piedra de la primera línea, lucharía primero por depurar el carácter ampuloso de mi prosa, me alimentaría hasta saciarme con tantas lecturas que tenía por hacer y con las relecturas interminables que casi siempre son un obstáculo para conocer una nueva obra, y pensaría en mi vida más a fondo para considerar una manera mediante la cual mis experiencias personales podrían constituir el eje de mis futuras narraciones. Mientras tanto, pensé que el ingreso a la Licenciatura en Literatura no sólo me concedería tiempo para dar al menos uno o dos pasos hacia la adquisición de la sombra de una muy discreta madurez, sino que me brindaría una formación certificada que me evitaría vivir como un pordiosero, en el caso de que no logre abrirme un sendero de hormiga en la escritura.

Luego de cinco años en la carrera tenía definidas las historias que quería contar y numerosos detalles que me servirían como un plan a seguir, pero estaba abrumado por la carga académica, por el estrés de mi trabajo como tendero y – para colmo de males- por el martirio de un problema hepático que depreda un poco menos de la mitad de mi energía vital. De modo que cuando trataba de empezar algo serio en vacaciones no tenía ni paz ni aliento para tomar el portaminas, y lo único para lo que me quedaban ganas era para leer. La aparición de mi enfermedad hepática, consecuencia de algunos malos hábitos alimenticios, modificó de tal forma mi tránsito por la universidad, que he permanecido en ella

durante un tiempo que me habría bastado para graduarme en dos carreras. El agotamiento no me permitía rendir con decencia en más de tres materias por semestre. Me desmoralizaba y deprimía notar las numerosas dificultades que tenía para pararme de la cama a la hora –para mí escandalosa- de las diez de la mañana, para correr los diez kilómetros que antes hacía en un abrir y cerrar de ojos, para hacer una simple barra o una flexión de pecho o para leer sin desmayarme de sueño apenas media hora después de haber abierto el libro. En esas condiciones era imposible hacer con mi vida algo que me satisficiera de veras.

En algún momento estuve tan desesperado, que no sólo sentí que había tocado fondo, sino que había seguido de largo, y de todo corazón anhelé que viniera la muerte a hacer una obra de liberación conmigo. Alguna vez la vi cerca, muy cerca, en la forma de un bus del MIO que, sin que yo lo advirtiera, se vino directo a mí cuando daba un paseo en bicicleta. Me quedé quitecito, con los ojos cerrados, a la espera del impacto, a pesar de los ensordecedores toques de la bocina, pero una maniobra experta del conductor permitió una evasión que no me dejó ni una raspadura para mostrarles a mis nietos en el futuro.

El tratamiento con un homeópata determinó un cambio que, si bien no ha sido dramático, me permitió al menos reconciliarme con la vida. Entonces me asaltó la curiosidad de lo que habría sido de mí si de forma negligente hubiera muerto atropellado. Leí todo tipo de libros enfocados en tratar el tópico de la vida después de la muerte. Algunos tenían -hasta donde se puede en esos terrenos- una mirada científica, en tanto que algunos decían proceder de modo directo de entidades desencarnadas y otros eran disparates cuyos autores se proclamaban así mismos como los nuevos redentores de este mundo. Aunque creo que me faltó rigor y que

a veces fui demasiado indulgente con textos que no aportaban nada, comencé a interesarme y apasionarme por esa otra realidad de la vida que, a mi modo de ver, es la muerte, y a pensar en una estrategia para integrarla como parte del periplo vital de los personajes de mis nuevas narraciones, que esta vez quise escribir para mi trabajo de grado. No está por demás decir que el júbilo con que descubrí uno de los temas que creo orientará mis obras en el porvenir, sean leídas por dos o tres de mis familiares, fue inferior al que sentí cuando estuve en condiciones de imaginar lo que me habría pasado en el otro mundo si aquel día el MIO me hubiera llevado por delante como a un pedazo de papel.

Antes de pensar siquiera en el título de alguna narración, prioricé la urgencia por terminar las materias de la carrera. Aunque las gotitas homeopáticas han sido un alivio, no bastaron para restituirme la vitalidad de forma que pudiera cursar un semestre con los quince créditos completos. La mitad del sexto y del séptimo semestre, por ejemplo, los hice en un año, y al siguiente los terminé. A ese ritmo de tortuga me costó mucho esfuerzo y tiempo ver todas las materias, pero cuando logré terminarlas tuve la felicidad de que al fin me había labrado un espacio para escribir con angustias mínimas.

Desde enero de 2017 puse la primera línea de este trabajo, y he continuado casi sin interrupciones durante todo el año. Aún cuando pienso que su resultado es menos que modesto y que de seguro demanda una serie de correcciones que mi falta de oficio no me permiten notar, para mí ha sido una alucinante experiencia literaria. He cumplido al fin con un propósito que en dos ocasiones he visto frustrado. El trabajo con el lenguaje a lo largo de más de dieciocho años, tal vez no ha sido fructífero en un sentido estético, pero sí he notado el paso por numerosas etapas en las cuales he sido demasiado denso e insoportable, para luego derivar

de a poco hacia la búsqueda de cierta contundencia y sencillez, cuya exploración apenas inicio, sin dejar de lado un estilo propio gracias al cual espero que, al menos, me reconozcan mis seres más queridos, que son mis lectores más entusiastas y, desde luego, los más parcializados que se pueda imaginar.

Cada una de las cuatro narraciones que presento pasó por un primer proceso de escritura que resultó fácil para mí. Escribo con un portaminas, sin prisa, sin acelerarme, lejos de la presión que me impone el teclado de un computador. A veces, tras jornadas de seis horas, sólo tenía una página completa. A ese ritmo parsimonioso me sorprende el tamaño de este trabajo. Lo difícil comenzaba cuando tenía los textos digitalizados e impresos y listos para iniciar la labor interminable de las correcciones. Me sorprendió no tener una pizca de misericordia para arrancar de cuajo páginas enteras, pero, en cambio, vacilé horas frente a una línea que me parecía llamativa en términos poéticos, pero muy pobre en un sentido práctico. La toma de tantas decisiones fue una experiencia ardua y desafiante que no supe si terminé a tiempo, pero que debí terminar como fuera para no correr el riesgo de enloquecer.

Sería deshonesto afirmar que me siento confiado. La aridez de la vida me ha enseñado a no hacerme ilusiones con nada, salvo con el amor de Tatiana. Creo que estos textos, a pesar de las mal formaciones que como creador no conseguí evitarles, aún cuando fui cuidadoso en el diseño de cada articulación, representan un primer paso en la afirmación de un destino como escritor por el que he luchado contra todo tipo de adversidades que aquí no he querido referir en todos sus pormenores y que ahora quiero ver no como señales que han procurado disuadirme de mi rumbo, sino que han constituido la prueba más larga de mi vocación. Es casi seguro que la literatura no me deparará el porvenir radiante que

me augura mi madre con su optimismo arrasador. Eso es algo que por ahora no me interesa demasiado. Lo que en este momento me importa de veras es escribir por el puro placer de escribir y aprender, hasta donde pueda, los secretos de un oficio en el cual, de ninguna manera, estoy dispuesto a continuar siendo un aprendiz de aprendices.

2. EL EJERCICIO DE LA CREACIÓN

Cuando hace casi dieciséis años empecé a escribir, jamás aparté un solo minuto para considerar de qué modo lo hacía. Ahora que pienso en eso, recuerdo que partía de una situación básica que me parecía atractiva y el resto no eran más que episodios que inventaba en el camino. Durante las pausas a que me obligaba el cansancio, continuaba pensando en la historia, buscándole nuevas direcciones, mirando cómo sacaba a un personaje de un laberinto de problemas donde no sabía ni cómo ni cuándo lo había metido. Tengo dos cuadernos de aquellos años, rayados hasta las carátulas, y ahora que el coraje y la curiosidad me empujan a mirarlos se me hace un nudo en la garganta. Las historias son bastante pueriles, sin la menor posibilidad de ser reescritas en el porvenir, material de vergüenza del que no me he deshecho porque me producen la misma ternura que una madre bondadosa siente por los juguetes con que su hijo se entretuvo en la infancia. En esa época mis lecturas apenas si las contaba con los dedos de una sola mano, de modo que no había forma de esperar que estuviera capacitado para escribir cuatro o cinco páginas que pudieran despertar un mínimo de interés.

Algunos años más tarde, a pesar de que había leído con juicio, escribía aún peor. Ya tenía un plan previo que seguía con un rigor que no tenía una sola línea de fractura, pero, deseoso de imitar al Balzac a veces un poco desmesurado de la *Comedia humana* y enajenado por la oberturas electrizantes de Rossini, me dejaba llevar por unos excesos verbales que convertían mis textos en una larga tortura. Por fortuna, tuve la inspiración de dejar de escribir ficción durante algunos años, como para darme un tiempo para moderar mis ímpetus. Mi escritura se encaminó entonces hacia montones de trabajos académicos que –lo confieso con algo de zozobra-, si bien no todos asumí con un entusiasmo mayúsculo, al menos me

permitieron mantener la mano activa. Ahora, con un poco más de kilometraje, estimé que podía al fin aventurarme en la creación de cuatro narraciones cuyo proceso paso a comentar en lo que se refiere a sus aspectos más significativos.

Para mí es fundamental empezar con una línea que opere no sólo como una esposa que ate al lector, sino que de una vez me marque el ritmo. Desde niño he tenido cierta facilidad para los deportes, en especial para las carreras de largo aliento. Luego de hacer el calentamiento precompetitivo, para mí los pasos más importantes de mis recorridos son los que doy en los primeros cien metros, pues establecen la velocidad alrededor de la cual girará mi desempeño. Algo de esto, tal vez sin proponérmelo, ha contagiado a mi escritura. Sin una primera oración estructural, sin un primer paso sólido, me siento nervioso e inseguro, incapaz de salir al mar abierto de las palabras, convencido de que marchó rumbo al desastre, de que no llegaré a la meta que me proponga.

Antes de cada narración siempre tuve enumerados sus momentos clave y algunos pormenores que anotaba en papeles sueltos que, por lo general, envolataba, pero que terminaba por encontrar luego de búsquedas agotadoras. De modo que suelo tener una especie de mapa de navegación que, de entrada, me marca un norte. Sin embargo, nada de eso es relevante si carezco de un arranque que me complazca. Suelo tener numerosos inicios para cada historia, en un esfuerzo por crear alternativas de las cuales escojo una. Casi siempre me pasó que al final mi elección se inclinaba por una línea que me sorprendía en el momento menos pensado.

La soñadora de desgracias creí terminarla hace más de dos años. Empezaba así: “Las partículas de polvo se veían flotar estáticas en los rayos de sol que se

filtraban a través de las persianas de mi habitación”. Varios años después iba en mi bicicleta cuando de repente se me ocurrió otro comienzo: “Renuncié a una beca universitaria, convencido de que las fuerzas y el aliento me bastaban para hacerme escritor por mi propia cuenta”.

La variación me propuso un nuevo estado de cosas para el narrador-personaje, y sin remordimientos me empeñé en reescribir la historia. Reciclé algunos elementos que consideré valiosos, pero en cambio me deshice de muchos otros que sólo me parecían idóneos para la primera versión. A partir de esa experiencia aprendí que no podía soltarme a contar nada si primero no tenía en las manos un inicio sólido que me otorgara confianza y seguridad y me marcara un particular estado emocional del narrador-personaje.

La soñadora de desgracias, antes de la versión en que hoy me atrevo a presentarla, pasó por una exhaustiva depuración. Tiempo atrás concebí esa historia como un marco ideal donde me serviría del amor entre los protagonistas, para exponer los fundamentos de una doctrina religiosa con la cual me identifico. El resultado, de quince páginas, me generó cierto alborozo, porque lograba integrar mi fe en mis narraciones. Por fortuna no le mostré una sola línea a nadie. Muchos años después, la inminencia de la presentación del trabajo de grado, me empujó a hacer una revisión que anhelaba. Ya se había esfumado cualquier rastro de afecto maternal que se interpusiera en mi valoración crítica. Me lancé sobre el texto con cierta ansiedad, y terminé convencido de que cualquier huella de mis creencias debía ser exterminada. Los personajes parecían impostados y la historia se volvía monótona y demasiado larga y sosa como para que alguien pensara en terminarla. Como lección aprendí que la literatura no es un escenario idóneo – sobre todo en estos tiempos- para adoctrinar a nadie. Ésa es una tarea que puede

realizarse desde otra disciplina. Creo que las ideas que había expresado de forma desacertada en mi relato, ya han sido abordadas en otro momento por escritores mucho mejor dotados que yo e investigadores con más recursos, paciencia e inteligencia, así que no existe la más pequeña tentación de que yo, alguna vez, acuda a la filosofía, por ejemplo, para hacer lo que ya está muy bien hecho. Suficiente tengo con los dolores de cabeza y los remordimientos que la literatura me depara.

En relación al tema de la importancia de los comienzos en mis historias, *Una visita de consolación* no me generó ningún problema. Apenas dispuse el papel y mi portaminas ya tenía muy claro el tamaño de mi primer paso: “Un sábado en la mañana mi madre me comunicó la noticia de que Viviana había muerto”. Eso pienso que lo facilitó el hecho de que esa historia tiene un alto componente autobiográfico. La llevé algunos meses dándole vueltas en la cabeza y el corazón, reconstruyendo los momentos amargos por los que pasó mi prima Viviana durante su enfermedad, buscando las piezas que se soltaron de mi memoria cuando la fatalidad arribó con su ventarrón de porquería, ideando un modo de tender un puente entre el horror de la realidad y la esperanza de lo fantástico.

En una semana de trabajo intensivo puse el punto final. Volví algunos meses después para hacer unos ajustes menores, pues la distancia siempre me parece conveniente para que un autor pueda apreciar, con alguna lucidez, las fallas de sus textos. Si a pesar de todo mi empeño persisten en presentarse errores del tamaño que sea, de ninguna manera se le deben adjudicar a un descuido. Más bien se trataría de una incapacidad que debe atribuírsele tanto a mi alto grado de inmadurez intelectual, como a mi grandísimo ego. Sea cual sea el resultado final de *Una visita de consolación*, tengo que confesar que, sin proponérmelo, la

escritura me confrontó con las molestias de mi pasado, con la amargura de una frustración que tenía atragantada y, de alguna manera, me permitió saldar una deuda que contraje con la memoria de aquella prima bondadosa de quien no pude despedirme.

En *Una tarde para el recuerdo* el trabajo no fue tan fácil. Años atrás había escrito una primera versión que titulé *La tarde aciaga de Riqueli*. Iniciaba de la siguiente manera: “Cuando Riqueli llegó al cuarto del hotel se derrumbó entre lágrimas, como un pilar cortado de un sablazo”. Hubo tres cosas que me condujeron a pensar en serias reformas. La primera puede parecer elemental, pero de entrada era inadmisibles: la metáfora de la primera línea era una soberana estupidez que se me filtró no por descuido, sino por el amor que pienso que muchos escritores principiantes tenemos por ciertas construcciones que, aún cuando sabemos que no funcionan, nos resistimos a liquidarlas, tal vez porque hacerlo es una forma de reconocer la precariedad de nuestra evolución. La segunda se trata de la narración, que transcurre en tercera persona, y yo quería que todas mis narraciones estuvieran emparentadas por la primera persona, la cual pienso que es la que manejo con menos torpeza. La tercera, la de más peso, es que, tras una lectura atenta del relato, determiné que un lenguaje tan ampuloso, chocante y denso no podía ser útil para nada. De las ocho insoportables páginas de esa versión digna de la basura sólo conservé cuatro líneas, que son las que refieren el gol marcado por los ingleses.

La reescritura tuvo su punto de arranque con la siguiente línea: “El día que se jugaba en Buenos Aires la final de la Copa del Mundo entre Argentina e Inglaterra, la ciudad se iluminó desde la madrugada con un sol radiante que resultaba inusual para la temporada de vientos glaciales y lloviznas sin término”. Lo consideré un

buen primer paso y al calor de su ritmo proseguí. Sólo volví a mirar atrás en el curso de unas correcciones que me depararon algunas sorpresas. La primera fue la necesidad de mejorar el comienzo, que por ningún lado usa la primera persona y que no aproveché para plantear un rasgo de la personalidad o una situación emocional del narrador-personaje. Di muchas vueltas, ensayé numerosas propuestas, anduve y desanduve muchos pasos que creí de avanzada, permanecí –algo extraño en mí- largos minutos frente a una página en blanco. No me rendí, pero dejé esa labor en reposo, a la espera de un momento donde la presión de mi ineptitud no torpedeara aún más mi proceso creativo.

Mientras tanto escribí otras historias, pero cuando corría por San Antonio con las zancadas largas con que en vano trato de imitar las de los atletas etíopes, o cuando levantaba pesas en mi casa o releía mis novelas de cabecera, no dejaba de pensar que tenía un serio problema entre manos. Hasta que una mañana, poco antes de llegar a la tienda para mi turno, encontré la solución: “Apenas si logré rasguñar tres horas de sueño el día que yo, Diego Pablo Rodríguez, capitán de la selección Argentina de fútbol y de lejos su máxima figura, debía jugar en Buenos Aires la final de la Copa del Mundo contra Inglaterra”.

Tuve aliento y moral para revisar algunas cosas que pasaron desapercibidas. Reformé un final que había escrito en medio de un gran agotamiento y en el cual descubrí de pronto que Francisco Gallardo, un personaje muy cercano al narrador-personaje, adquirió un protagonismo que no consideré en mi planeación inicial. Era como si él mismo se abriera camino entre mis palabras, como si tuviera una voluntad que excedía la mía, como si yo estuviera a su servicio y no él al mío. El vínculo emocional establecido entre Gallardo y el narrador-personaje, me obligó a regresarme en mis páginas y a abrirle un espacio que él mismo me pedía en

persona de un modo tan apremiante, que me parece que al final fue él quien se lo creó por su propia cuenta.

Habitantes de los mundos es mi historia más extensa en términos de páginas y creo que es también mi apuesta más ambiciosa (no pude dejar de soltar una carcajada al escribir esto). Está basada en una historia que alguna vez me contó un amigo que vivió muchos años en Estados Unidos, donde la conoció de primera mano, pues era muy cercano a uno de los familiares de las personas que sufrieron la tragedia. Mi amigo fue tan meticuloso en los detalles y narró cada situación de un modo tan ejemplar, que me hubiera gustado tener una grabadora a mano para luego transcribirlo todo. Lo invité a que tratara de escribir la historia, pero sus intereses son muy diferentes a los de la literatura, y prefirió dejármela a mí para ver “con qué vaina salía”.

De una vez rechacé cualquier intento por reconstruirla en Estados Unidos. Lo desconocido que me era el contexto me generaba inseguridad. Hice una versión en un ámbito que conozco un tantico mejor, y le introduje tantos ajustes que creí pertinentes para la adaptación literaria, que al final creo que mi amigo no reconocería la historia. Prioricé la construcción de Sandra como un personaje corrompido que no pone límites a sus conductas. Varias veces, poseído por un entusiasmo salido de cauce, me extendí en asuntos que no eran significativos, y no puedo negar que, a diferencia de mis otras historias, me costó prescindir de ellos. La primera versión tenía veinte páginas en Arial 12, a un solo espacio, y tardé una semana en pasar el manuscrito al computador, pese a que soy un mecanógrafo experto. La dejé descansar por cerca de seis meses al final de los cuales regresé a podarla hasta donde mi intuición en desarrollo me lo indicó. He vuelto varias veces, obsesionado con reparar las averías de la puntuación, la

interacción de los personajes a través de los diálogos, la parte que corresponde a sus experiencias en el ámbito de la muerte. El deseo de entregar algo que fuera lo menos indecente posible, me tuvo hasta poco antes de la impresión final revisando cada detalle, no sólo de esta narración, sino de las otras tres que integran mi trabajo creativo, sobre cuya calidad no me hago demasiadas ilusiones. Lo único que me da algún consuelo es que creo que hice todo lo que estuvo en mis manos para cerrarle el paso a la mayor cantidad posible de fallas, cuya aparición inevitable, más que atribuírsele a un descuido, serán producto de una falta de pericia y una inexperiencia por las cuales no quisiera pagar un precio demasiado alto.

3.CONCLUSIONES EN RELACIÓN AL TRABAJO CREATIVO

Aún cuando se tenga un minucioso plan de trabajo, el acto mismo de la escritura tiende a generar dinámicas que proponen un nuevo estado de cosas que obligan a reevaluar lo establecido. A veces, por ejemplo, un personaje va cobrando protagonismo y fuerza, impulsado por necesidades dramáticas que no estaban previstas, y obliga a realizar refacciones que impactan la historia y la dirigen por rumbos que podrían mejorarla. No deberíamos cerrarnos a presión ante unas sorpresas que no surgen de la nada, sino que son producto de los procesos de pensamiento que fomenta el ejercicio de la escritura.

El momento de las correcciones es tan decisivo en la creación como el de la escritura del primer borrador, con la diferencia de que éste último tiene un final, en tanto que el otro está expuesto a serie de repeticiones cuyo número variará de acuerdo al grado de obsesión del escritor. Es difícil saber cuándo detenerse, aunque creo que un escritor con oficio no requerirá volver tanto a sus textos como un principiante. Saber dominar esta parte del trabajo creativo pienso que demanda años de dedicación, esfuerzo y crecimiento intelectual. Mientras llega ese momento, los escritores en pañales que queremos hacer algo lo menos indecente posible debemos resignarnos a vivir con la frustración de que, quizás, lo que alguna vez tildamos como un texto definitivo no es más que un buen punto de partida para, de nuevo, ponerse manos a la obra.

Ignoro si en todos los casos aplica, pero al menos en el mío y sin proponérmelo, mi escritura, de un modo inconsciente, permitió la emergencia de mis traumas, de mis complejos, de mis demonios secretos, de esa parte de mi humanidad que coexiste a la sombra de mi ser social. No puedo afirmar que mis relatos fueron una

liberación. Eso sí: me permitieron verme sin vestiduras, sin disfraces ni poses, tal como soy, dentro del pellejo de algunos de mis personajes, y me han ayudado a intuir que los proyectos literarios que emprenda en el porvenir estarán impregnados de mis dolores, de mis miedos, de mis ambiciones, pues para mí la escritura jamás dejará de ser un recurso para desahogarme y conocerme.

El aprendizaje de la escritura demanda trabajo, sacrificio, obstinación y paciencia. Se trata de una habilidad para la cual, de modo inexplicable, hay unos seres mejor dispuestos que otros. Sin embargo, creo que todos somos susceptibles de manejarla en un grado más o menos aceptable. Para aquellos que tenemos el sueño desaforado de escribir profesionalmente, no creo que nuestros primeros pasos deban encaminarse a buscar –muy probablemente en vano- una inmediata solución editorial. Pienso que primero es imprescindible explorar nuestras vidas, explorar a fondo las obras de otros escritores, explorar nuestras posibilidades expresivas para ir forjando una voz propia. Alcanzar la madurez entraña el paso por la frustración, el desfallecimiento, la desconfianza, la pérdida de la fe. Muchos se quedan sin aliento en el camino. Es imprescindible sobreponerse a todo, sacudirse el polvo y perseverar en la escritura con el empecinamiento desmesurado y cruel que el arte exige.

La creación literaria no se restringe al momento en que se está frente a la hoja en blanco. En mi caso (y creo también que en el de muchos otros) continué escribiendo en mi cotidianidad, desarmado de mi portaminas, a veces lejos de cualquier cosa donde registrar una idea o un par de palabras. Es importante aprovechar esos momentos poco convencionales, pues crean un ámbito alterno donde –sucedió en mi caso- se tiene una perspectiva más amplia y menos sofocante del trabajo y –a veces de un modo inconsciente, a veces no- pueden

surgir soluciones a problemas que impiden el avance o propuestas que obliguen a pensar en reestructurar un texto.

4. EL PROCESO DE LA MUERTE EN EL HOMBRE MUERTO, DE HORACIO QUIROGA

Resumen:

En este ensayo tomo el cuento *El hombre muerto*, de Horacio Quiroga, y hago un análisis sobre las instancias más representativas que acompañan el deceso del labriego. Destaco su relación con el machete, la categoría tan singular que éste asume, trascendiendo su mera utilidad como instrumento de trabajo, y la resignificación que adquiere luego del accidente. Así mismo, explico y analizo las estrategias de que se vale el hombre para hacerle frente a la muerte. Por último, me concentro en considerar algunos símbolos y metáforas que crean un marco donde la muerte, paradójicamente, propicia la aparición de la vida.

Palabras clave: Horacio Quiroga, *El hombre muerto*, el proceso de la muerte, el renacimiento, la lucha por la vida.

4.1 La llegada del infortunio

En este cuento, uno de los más relevantes del escritor uruguayo, se narra la historia de un hombre que, de modo sorpresivo, se enfrenta a una experiencia de la cual no podrá salir con vida. Entre el transcurso del accidente que precipita la agonía hasta el instante de la partida final, el hombre se vuelca en una intensa lucha emocional, pretendiendo oponerse a lo inevitable. Tras lo que se presume fueron diez años de esfuerzo, batallando contra una naturaleza que ignoraba una mano invasora, logró construir una casa para él y su familia, un “potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos”¹; cinco calles de un bananal

¹MENTON, Seymour. El cuento hispanoamericano. Edición conmemorativa 70 aniversario. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2005. P. 177.

al que aún le faltaban dos, y la respectiva delimitación con alambre de púas, sujeto “de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar...”².

Para la organización de bananal tenía una herramienta imprescindible: el machete, que desde la primera línea del cuento (“El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal”³) deja atrás su rol convencional para asumir la categoría de personaje. Lo cual se reafirma casi de inmediato, pues del bananal “faltábanles aún dos calles; pero como en estas abundaban las chircas y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa”⁴.

El trabajo que está pendiente no corresponde solo al hombre como director de las obras por desarrollar en el lugar, sino que existe una especie de sociedad con el machete, un vínculo que los compromete a ambos como sujetos y que los empuja hacia el cumplimiento de una meta en particular. En el aislamiento de Misiones, en las condiciones tan adversas impuestas por la geografía y la naturaleza, y ante la escases de la mano de obra, ya sea por motivos económicos o por la desolación de la región, el machete trasciende su papel como instrumento de trabajo y se convierte en un objeto imprescindible para el hombre, en algo que se revaloriza y asume deberes.

El mérito de los logros del hombre en el corazón de una naturaleza agreste y voraz, no le corresponde sólo a él, sino que debe ser compartido con el machete, que resulta un compañero que facilita la vida y coadyuva en la conformación de un armonioso estado de cosas. Sin embargo, la sociedad hombre-machete,

²Ibíd.

³Ibíd.,p.175.

⁴MENTON.op.cit.,p.175

consolidada a lo largo de los años por el trabajo arduo, sufre de pronto un serio percance, parece de repente de carácter “ambiguo, falsamente subalterno”⁵.

Pues buscando un poco de descanso, el hombre cruza el alambre de púas para luego tenderse sobre la gramilla, pero cuando está a punto de lograrlo:

su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, al tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo”⁶. Como resultado de esta eventualidad, el machete se inserta en el vientre del labriego, quien muy pronto “adquirió, fría, matemática e inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia”⁷.

Conviene destacar que, desde el momento en que el machete se desprende de la mano de su compañero, se le despoja también de su condición de personaje (en adelante se le denominará “el machete”), como si estar en la posesión carnal del hombre y participar con él en las faenas diarias le concediera una categoría superior, una cercanía casi humana con él. El accidente libera al machete de todo mandato, y activa de inmediato una transformación profunda en la que cesa cualquier utilidad esencial para la sobrevivencia, y surge de pronto la facultad indeseable de ser un agente de la muerte. En la densa soledad, el hombre crea en el machete:

Una ficción de compañía, pero eso le ha hecho olvidar que el machete es también un arma, potencialmente peligrosa, como todas las armas. Es precisamente esa

⁵PAOLI, Roberto. El perfecto cuentista: comentario a tres textos de Horacio Quiroga.[En línea],1992.[citado 2-Octubre-2017].Disponible en internet: <https://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/.../5243>

⁶MENTON.op.cit.,p.176

⁷Ibíd.

confianza que le tiene al machete-compañero, y que ha surgido de la arraigada costumbre de trabajar juntos (...), lo que lo traiciona, llevándolo a cometer el fatal error de no desembarazarse de alevoso ayudante antes de saltar el alambrado⁸.

La naturaleza del machete está sujeta entonces a variaciones cuya presentación tienen lugar de acuerdo a si está siendo dirigido o no. En las manos del labriego, a las órdenes de una inteligencia que oriente sus pasos, el machete se convierte en un elemento tan importante, que se resignifica y llega a tener una presencia casi humana, a la cual, en parte, se le debe el avance en los trabajos del bananal. Pero, apartado de las manos del hombre, el machete es privado de toda singularidad extraordinaria, y asume la calidad de un objeto capaz de infligirle la muerte a aquel a quien durante muchos años facilitó y sustentó la vida. Ese falso sometimiento, ese juego a dos bandas, sólo se revela en el instante del infortunado accidente. Sobreviene un periodo de agonía en el que el hombre, aún cuando sabe en qué terminará todo, procura resistir y engañar una realidad que lo abruma y aplasta.

4.2La lucha contra la muerte

Tan pronto como el hombre empieza a recorrer en firme el trayecto hacia la muerte, entra de lleno en una inmovilidad que le impide el inicio de la menor actividad física que lo impulse a buscar la sobrevivencia. La gravedad de su herida no le deja más recurso que acudir a sus emociones para confrontar la muerte, y tratar de ilusionarse con que su situación no es irremediable o que en realidad no está pasando. Hasta que el hombre tiene la seguridad de que el accidente le ha impuesto un obstáculo insalvable para el retorno a sus actividades de rutina, la

⁸PAOLI.op.cit.

narración ha transcurrido en tercera persona. Luego aparecen reflexiones sobre la vida y la muerte acerca de las cuales “es difícil dar por sentado a quién pertenece la voz narrativa”⁹:

La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro. Pero entre el instante actual y esa postrera expiración, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano!. Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias: ¡tan lejos está la muerte y tan imprevisto lo que debemos vivir aún!¹⁰

Es posible confundir estas reflexiones como correspondientes solamente al narrador, pero en realidad lo que albergan son:

...dos visiones diferentes, la muerte es vista con dos miradas, a través de la voz del narrador que transmite lo que ve el personaje, lo que siente, lo que piensa; se observa lo que se ha dado en llamar *ambigüedad y polifonía enunciativa*, en donde el enunciador puede hacer referencias ambiguas, como dar la palabra a otro o dejar oír voces ajenas en el interior del propio discurso (...)¹¹.

⁹PÉREZ BARÓN, Margarita M. Las diversas caras de la muerte en siete cuentos de Horacio Quiroga. Tesis. Bogotá. Universidad de los Andes, 2010. 123 p.

¹⁰MENTON.op.cit.,p.176

¹¹CARAMÉS, Iris. Una posible lectura de El hombre muerto, de Horacio Quiroga.[En línea].Marzo del 2009. [Citado 2-octubre-2017]. Disponible en internet: www.uruguayeduca.edu.uy/Portal.Base/Web/verContenido.aspx?ID=201317.

Esta estrategia permite la aparición de lo que se denomina:

lo focal, vía de acceso diferente al conocimiento de los hechos, desde el “ojo” del narrador y desde el “ojo” del personaje y a la vez, se da la restricción del campo de visión, se da una escisión entre visión y voz, entre la objetividad de la tercera persona y la subjetividad filtrada por la conciencia; el narrador no cede la voz, pero concede el ángulo de visión y valoración, el enunciador y el observador ocupan lugares diferentes. La tercera persona indica la procedencia de la voz y la presencia de la focalización se aprecia mediante la voz de uno y la conciencia de otro, hace oír a otro, el sujeto hablante no es dueño de su discurso, sino que hace circular otros discursos, en donde el sujeto no preexiste ni se prolonga más allá del discurso, sino que se constituye y se colma en el marco de su actividad discursiva¹².

La aparición en el cuento de “expresiones impersonales y verbos en primera persona del plural (...)”¹³, tienen la intención de buscar que la experiencia que afronta el personaje trascienda su esfera de actuación ficcional e impregne, interese y solidarice al lector con una calamidad que cualquiera puede padecer. Estas divagaciones, en toda su amplitud, tienen un efecto dilatorio en la agonía, y establecen y filtran la posición del hombre frente a lo que vive (aunque no “con esa lucidez”¹⁴), permitiendo conocer “sus reflexiones, sus esperanzas, sus vínculos familiares y lo que piensa sobre la muerte que se le avecina”¹⁵.

Para él, la muerte no es un proceso en el curso del cual se rinda sin más, sino que hay una batalla que decide librar desde lo mental y lo emocional. Como una primera estrategia, están las reflexiones acerca de la muerte, pero no es la única.

¹²Ibíd.

¹³Ibíd.

¹⁴PAOLI.op.cit.

¹⁵PÉREZ.op.cit.,p.124.

También se presenta una estrategia que procura tender un velo de ignorancia sobre el accidente, como si en realidad el labriego estuviera viviendo un día cualquiera. Se preocupa por asuntos que resultan banales y absurdos en el contexto de desesperación en que está inmerso, pues piensa en “el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar...”¹⁶, y en que, “ya que tiene poco vuelo”¹⁷, tendrá también que cambiar “el mango de su machete”¹⁸.

La muerte le parece un fenómeno tan excepcional, que piensa que “debe estar acompañado de otros fenómenos igualmente extraordinarios”¹⁹. De ahí que se pregunte: “¿Qué tiempo ha pasado? ¿Qué cataclismo ha sobrevivido en el mundo? ¿Qué trastorno de la naturaleza trasuda el horrible acontecimiento?”²⁰.

El surgimiento de la incredulidad opera también como una defensa ante el horror. Por eso piensa: “Es una pesadilla”²¹, y también: “Pero ¿es posible? ¿No es éste uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano? ¿No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púa?”²². Un poco más adelante, a pesar de la abrumadora evidencia, se obstina en el escepticismo:

¡Pero no es posible que haya resbalado!... El mango de su machete (...) estaba perfectamente oprimido entre su mano izquierda y el alambre de púa. Tras diez años de bosque, él sabe muy bien cómo se maneja un machete de monte. Está

¹⁶MENTON.op.cit.,p.177

¹⁷Ibíd.

¹⁸Ibíd.

¹⁹CARAMÉS.op.cit.

²⁰MENTON.op.cit.,p.176

²¹Ibíd.

²²Ibíd.,p.177

solamente muy fatigado del trabajo de esa mañana, y descansa un rato como de costumbre” ²³.

El hombre ha perdido la capacidad de desembarazarse del machete o de emitir la menor señal de auxilio a tantos que, por un motivo u otro a la hora del trágico accidente, están muy cerca de él. El conocimiento de esta información, sumado a la lucidez con que reconoce las distancias, hace estimaciones de la hora y advierte el estado del tiempo, lo muestran como dueño de una conciencia alerta y en pie de lucha, de modo que las diversas estrategias implementadas para encarar la muerte, son el resultado de un esfuerzo titánico y muy humano por no sucumbir.

Pues el abanico de conductas manifestadas por el hombre, es intercalado con afirmaciones rotundas acerca de lo inexorable de su fin. “Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura” ²⁴. “Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir” ²⁵. “¡Muerto!” ²⁶. “Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: se muere” ²⁷.

Ese ir y venir entre la muerte que se prueba a evadir y la muerte que cada vez cobra más fuerza y vehemencia, introduce un ritmo intenso y vibrante que construye un escenario de lucha donde no importa tanto qué bando da el golpe final, sino el proceso que termina por conducir a él. Esas oscilaciones entre extremos opuestos representan la calidad de la resistencia del hombre en su infortunio, y componen un cuadro de los ascensos y descensos de sus estados de ánimo. Por un instante, parece ignorar el accidente y sus consecuencias nefastas,

²³ *Ibíd.*

²⁴ *Ibíd.*, p.176.

²⁵ *Ibíd.*

²⁶ *Ibíd.*, p.177.

²⁷ *Ibíd.*

y se extravía pensando en las tareas que tiene pendientes, o se atornilla en la negación y la incredulidad, o se inclina a considerar que es víctima de una cruel pesadilla. Sin embargo, todo este juego de elusiones se desmorona con la afirmación y la reafirmación de que la muerte avanza de manera implacable y de que resulta en vano cualquier esfuerzo que se emprenda para hacerla retroceder. Este dinamismo, esta alternancia de emociones, fomenta la apertura de un punto de acceso a la forma tan intensa como el labriego vive el camino hacia la muerte.

4.3El renacimiento

En el cuento se presenta un conjunto de símbolos y metáforas que funcionan de forma que elaboran un entramado que prepara la aparición de la muerte. El alambre de púas que el hombre atraviesa buscando un descanso luego del trabajo, funciona como una metáfora “que representa el paso de la vida a la muerte (...)”²⁸. Luego de que el labriego es herido sin remedio, queda sobre el suelo, “como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho”²⁹, “una posición que arquetípicamente puede recordar la del niño en el vientre de la madre, antes de nacer”³⁰. Esta nueva metáfora podría señalar que el hombre se enfrenta ahora a un nuevo alumbramiento, a un nacimiento que no tiene que implicar por necesidad una experiencia donde la muerte arrasará hasta con el menor vestigio de lo que fue.

²⁸FAYE, Leidy. Interpretación simbólica de la muerte en la cuentística de Horacio Quiroga. Tesis. Universidad Tecnológica de Pereira, 2009.

²⁹MENTON.op.cit.,p.177

³⁰ACEREDA, Alberto. Del criollismo a la urgencia existencial. Fatalidad y angustia en tres cuentos de Horacio Quiroga. [en línea]. Enero 2001. [citado 2-octubre-2017]. Disponible en internet: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/10911238.pdf>

No es descabellado pensar que el personaje del cuento está naciendo para la muerte, pero hay un elemento que invita a creer que se podría tratar de algo más. En sus momentos previos a la defunción, el hombre:

puede aún alejarse con la mente, si quiere; puede si quiere abandonar un instante su cuerpo y ver desde el tajamar por él construido el trivial paisaje de siempre: el pedregullo volcánico con gramas rígidas; el bananal y su arena roja; el alambrado empequeñecido en la pendiente, que se acoda hacia el camino. Y más lejos aún ver el potrero, obra sola de sus manos. Y al pie de un poste descascarado, echado sobre el costado derecho y las piernas recogidas, exactamente como todos los días, puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla – descansando, porque está muy cansado...³¹.

La descripción de estos instantes cruciales ocurre a través de “un desdoblamiento del yo, y la escena es narrada desde la visión del ojo que toma una panorámica del sitio donde ocurre el hecho, y que luego se va acercando hasta contemplarse a sí mismo en el trance de la propia muerte”³². El ascenso en el espacio y la contemplación del territorio arrebatado a la naturaleza en provecho del beneficio del hombre, obran como una especie de despedida final del lugar donde se reconoce y siente que pertenece. Por otro lado, la separación del cuerpo carnal a través del desdoblamiento, constituye una experiencia extracorporeal que sobreviene en un momento traumático, e indica que el hombre está en posesión de su cuerpo carnal a través de un cuerpo espiritual que gobierna sus acciones, que empieza a desprenderse del instrumento que durante décadas le permitió moverse y expresarse, y que ya ha dado pasos firmes hacia la asunción de una existencia

³¹MENTON.op.cit.,p.178.

³²FLEMING Leonor. Cuentos. Citado por ZUÑIGA, Irina. La frontera escatológica: vida y muerte en el hombre muerto de Horacio Quiroga. [En línea]. 2005. [Citado 30-septiembre-2017]. Disponible en internet: http://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-01/irene-zuniga.pdf

que, si bien parece que tendrá lugar en parte de ese mismo espacio, sucederá en condiciones donde el azar carecerá de potestad para propiciar accidentes mortales.

El hombre, viéndose así mismo desde lo alto, tirado sobre la gramilla, constituye una imagen paradójica, pues por un lado está muriendo, en tanto que, por otro, se muestra vivo, echándole un último vistazo a lo poco o mucho que había logrado construir en diez años, enseñando que su partida en el ámbito material no sólo no tiene como contraparte la extinción absoluta de su ser, sino que se presenta un renacimiento que le propicia una existencia donde descansar al fin.

El paso del hombre a un estado donde la continuidad de la vida no es perceptible a los ojos, está indicado por una especial alternancia entre la movilidad y la inmovilidad. Una vez sucede el accidente con el machete, el hombre queda postrado en el suelo, incapaz de mover un solo músculo. De inmediato, como si se tratara de un contagio, el espacio donde hasta hace poco se desplazaba es objeto de un cambio de rumbo que lo instala en la inmovilidad absoluta. El aire cesa su circulación, las hojas del bananal dejan de sacudirse y quebrarse, y el río Paraná duerme. Esto sucede con el propósito de que:

podamos entrar en el interior del hombre, para pensar lo que piensa, oír lo que oye, ver lo que él ve. Porque la mente todavía conserva su función. Y seguimos su vuelo sensorial: no percibimos si no lo que nuestro hombre percibe. Y todo lo que él percibe corrobora la resistencia lógica que él crea para oponerse a la realidad, mejor

dicho, para refutar lo que va sucediendo con fría, fatal e ineludible verdad: se muere³³.

En una situación de completa inmovilidad, donde el hombre mismo se sorprende de que, a pesar de que se está muriendo, no hay nada que en su entorno se impregne de la conmoción que padece, la irrupción del movimiento resulta clave para señalar un nuevo estado de cosas. Es la partida del caballo, que durante poco más de un cuarto de hora permaneció al lado de su amo, la acción que introduce un “desequilibrio entre lo estático del paisaje lleno de calma, y el hombre muerto que yace inmóvil”³⁴. El alejamiento del animal tiene dos propósitos. El primero es marcar que la muerte del hombre es un hecho ya consumado; el segundo, es la reactivación de la escena, la fractura con el ritmo monótono e invariable del marco de la agonía, para señalar que la vida persiste con su fuerza arrasadora a pesar de que, a veces, la muerte irrumpe, no para trastornar sus ciclos, sino para darle término a algunos antes de continuar con otros.

³³SHOEMAKER, Howard. El tema de la muerte en los cuentos de Horacio Quiroga. Citado por ZUÑIGA, Irina. La frontera escatológica: vida y muerte en el hombre muerto de Horacio Quiroga. [En línea]. 2005. [Citado 30-septiembre-2017]. Disponible en internet: http://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-01/irene-zuniga.pdf

³⁴ZUÑIGA, Irina. La frontera escatológica: vida y muerte en El hombre muerto de Horacio Quiroga. [En línea] 2005. [Citado 30 –septiembre-2017]. Disponible en internet: http://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-01/irene-zuniga.pdf

5.BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria.

MENTON, Seymour. El cuento hispanoamericano. Edición conmemorativa 70 aniversario. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Bibliografía secundaria.

ACEREDA, Alberto. Del criollismo a la urgencia existencial. Fatalidad y angustia en tres cuentos de Horacio Quiroga. [en línea]. Enero 2001. Disponible en internet: [Https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/10911238.pdf](https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/10911238.pdf)

ARANGO, Miguel Antonio. Sobre dos cuentos de Horacio Quiroga, correlación en el tema de la muerte, el ambiente y la estructura narrativa en A la deriva y El hombre muerto. [En línea]Thesaurus, tomo XXXVII, Canadá(1982). Disponible en internet: https://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/37/TH_37_001_157_0.pdf

CARAMÉS, Iris. Una posible lectura de El hombre muerto, de Horacio Quiroga.[En línea].Marzo del 2009. Disponible en internet: www.uruguayeduca.edu.uy/Portal.Base/Web/verContenido.aspx?ID=201317.

FAYE, Leidy. Interpretación simbólica de la muerte en la cuentística de Horacio Quiroga. Tesis. Universidad Tecnológica de Pereira, 2009.

FLOR, Adrián. Comentarios sobre *El hombre muerto*, de Horacio Quiroga. [En línea] Narrativas No 22, (Jul-Sept de 2011). Disponible en internet: <https://onedrive.live.com/?authkey=%21AHeG-YO8-M9KqvQ&cid=8DAAD0C208167BBC&id=8DAAD0C208167BBC%21202&parId=8DAAD0C208167BBC%21110&o=OneUp>

PAOLI, Roberto. El perfecto cuentista: comentario a tres textos de Horacio

Quiroga. [En línea], 1992. Disponible en internet:

<https://revistaiberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/.../5243>

PÉREZ, Margarita M. Las diversas caras de la muerte en siete cuentos de Horacio

Quiroga. Tesis. Universidad de los Andes, 2010.

RODRÍGUEZ, Emir, Prólogo. *Cuentos*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 2004.

TITTLER, Jonathan. Una relectura ecocrítica del canon criollista: Mariano Latorre y

Horacio Quiroga. [En línea] Tabula Rasa No 7, 2007. Disponible en internet:

<http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n7/n7a09.pdf>

VARGAS, Germán. El tiempo en El hombre muerto. Folios No 36 (segundo semestre de 2012).

ZÚÑIGA, Irina. La frontera escatológica: vida y muerte en El hombre muerto de

Horacio Quiroga. [En línea] 2005. Disponible en internet:

http://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-01/irene-zuniga.pdf

6.TRABAJO CREATIVO:
DESDE LA OTRA ORILLA DEL
RÍO DE LA VIDA

6.1 Una visita de consolación

Un sábado en la mañana mi madre me comunicó la noticia de que Viviana había muerto. Apenas salí de la conmoción y pude articular de nuevo las palabras, pregunté a qué horas nos íbamos para Caicedonia. Quería tanto a Viviana que no me imaginaba dejándola ir para siempre sin darle un último adiós. “Estuve hablando con tu papá y ya sabes que las deudas están que lo enloquecen”, dijo mi madre y meneó la cabeza de modo negativo. “Creo que nos va tocar quedarnos. Lástima porque sé cuánto querías a tu prima”. Aunque tenía edad para considerarme casi un adolescente, estallé de rabia como un niño, azoté la puerta de mi habitación de modo que casi la descoloco en sus bisagras y me encerré a llorar de rabia y tristeza.

Una de las primeras cosas que advertí que más me afectaban apenas dejé la infancia atrás, era una timidez que ni siquiera tenía un mínimo de misericordia para permitirme entablar una relación diplomática con las mujeres. A pesar de nuestro parentesco, Viviana no fue la excepción. Estuvimos distantes durante muchos años, aún cuando mis padres se empeñaron en que la tratara como a una hermana. Fue Boris, un perro criollo que ella sacó de la calle, lo que al final nos acercó. Una tarde asistí por obligación a su casa, donde se celebró una fiesta en honor a un tío lejano que partía para Londres, y al entrar Boris me recibió con la calidez que se les depara a los amos. No pude resistir tantas muestras de afecto sin verme en la necesidad de regresarlas, casi incluso con el mismo entusiasmo frenético.

-No sabía que te gustaban tanto los perros- sentí la voz de Viviana a mis espaldas-. Si quieres puedes acompañarme a darle una vuelta. Tiene tanta energía que hay que caminar mucho antes de traerlo de regreso.

Iba a negarme, cuando ella me tomó de la mano con fuerza, y sólo me soltó cuando llevábamos recorridas un par de cuadras. En adelante, cada vez que iba a su casa, lo primero que hacíamos era sacar a su perro hasta quedarnos sin aliento. Una de las cosas que más me gustaba de nuestros paseos, era ir al parque y aspirar por varios minutos la fragancia del jazmín, cuya dulzura siempre me pareció un prodigio de la naturaleza. De regreso a casa jugábamos Nintendo hasta que llegaba la hora de irse. Poco a poco se gestó una amistad tan estrecha y cómplice, que ninguno de los dos resistió las ganas de llorar cuando me fui a vivir a Cali, pues a mi padre lo habían nombrado en un cargo menor en la Gobernación del Valle. El fútbol fue clave para paliar el dolor de la separación, para hacer nuevos amigos y soñar con que quizás podría vivir de él cuando me hiciera adulto.

Un día mi madre me despertó muy temprano. Lucía una preocupación que me preparó de una vez para oír una mala noticia. “Tienes que alistarte ya para que me acompañes a la terminal”, dijo, “Viviana está en camino, parece que anda muy enferma y le van a tomar unos exámenes urgentes”. Mi prima se bajó del bus ayudada por su mamá, y dio hacia mí unos pasos cortos y lentos, como si su energía vital la hubieran reducido a un nivel básico. Había perdido peso y estaba pálida y triste, y tenía los labios resecos y cuarteados de un náufrago. Cuando la abracé, tuve el temor de que la presión le pudiera romper la espalda.

El resultado de los exámenes reveló que tenía leucemia. Ni en Caicedonia ni en ningún otro lugar cercano había un hospital con los recursos para atenderla, de

modo que se trasladó para Cali con su mamá. Se quedaron en mi casa por cerca de un año. Nunca pude acostumbrarme al desmoronamiento físico y anímico de Viviana que se precipitó con el inicio del tratamiento. Yo no era tan bueno como mi madre dándole aliento y esperanza, pero muchas veces dejé de ir a jugar fútbol para quedarme con ella viendo dibujos animados.

Hubo un par de veces en que dijo sentirse harta del encierro y le pidió a su mamá que la llevara al parque. Siempre me las arreglé para que me incluyeran en partidos donde hice golazos que no merecían quedar en el olvido. Viviana, olvidada por un segundo de sus males, festejó cada tanto a rabiar, y me animó y aplaudió cuando tenía el balón amarrado a los pies, a punto de deshacerme de un rival con una maniobra de humillación, pero nunca tuve el valor de desinteresarme de lo que pensarían mis compañeros si le dedicaba un gol. En nuestras conversaciones de regreso a casa, mi prima siempre recordaba a Boris, y le brillaban los ojos cuando hablaba sobre lo bueno que hubiera sido que estuviera a su lado en esos momentos tan difíciles.

Cuando los médicos determinaron que la parte más difícil del tratamiento había llegado a su término, se autorizó a Viviana para volver a Caicedonia. Eso sí: de forma periódica tenía que presentarse en Cali para algunos procedimientos complementarios. Me confié en que esa noticia significaba que el peligro había sido conjurado. Pero lo cierto era que la enfermedad no sólo continuaba en pie, sino que poco a poco seguía carcomiendo el ánimo y el cuerpo de Viviana. Hasta que se llegó el día en que los especialistas admitieron que habían agotado todos los recursos técnicos, y recomendaron que se la llevaran para la casa y que procuraran hacer que sus últimos días fueran los más felices.

En su despedida, antes de retornar al pueblo, nos abrazamos hasta el ahogo, y no fui capaz de deshacerme del nudo en la garganta que me impidió expresarle unas palabras de esperanza o al menos confesarle cuánto la quería. Ella, en cambio, no sé de dónde sacó valor para decirme: “Sigue haciendo los goles que puedas. Vas a ver que un día de estos me aparezco por aquí y quiero que hagas un gol bien lindo para que lo cantemos juntos”.

Cuatro meses más tarde murió sin que volviera a hablarle o a verla otra vez. No sabía cómo desahogar la furia por no haber asistido a su sepelio por las deudas de mi padre, que nos tenían casi en la quiebra. Lo único que se me ocurrió fue jugar fútbol, para al menos dedicarle a ella no sólo la victoria, sino uno de esos goles que ni siquiera la madurez o el peso de la adversidad consiguen sacar de la memoria.

Esa vez me enfrenté a un equipo cuyos integrantes eran de más edad que la mía y la de mis amigos. Pactamos que ganaba el que primero hiciera cinco goles. A pesar de que eran más fuertes y recios en el cuerpo a cuerpo, estaba seguro de que eso lo compensábamos con habilidad, rapidez y talento. Cuando toqué el primer balón, sentí una motivación especial y el impulso incontrolable de dejar a mis rivales por el suelo y de marcarlos con una ferocidad que los desesperara. En los primeros treinta minutos el marcador era tres a tres, y varias veces hubo choques y empujones que amenazaron con degenerar en trifulca. Fui autor del segundo y del tercer gol. En cada celebración señalé hacia el cielo con mis índices y en voz baja decía:

- Tú sabes Viviana que son para ti.

El cuarto gol llegó luego de media hora de una guerra que nos estaba dejando sin piernas. Gané el balón por velocidad e hice un pase largo que fue bien recibido y que, luego de un taponazo sin corazón, terminó en la red de nuestros rivales. No habían acabado de sacar cuando ya les habíamos arrebatado la pelota. Como sólo nos faltaba un gol para ganar, nuestro equipo se fue en masa al área enemiga, a la espera del centro del marcador derecho.

El balón vino directo a mí, a la altura y la velocidad deseables para que yo hiciera un potente remate de media volea que dejó paralizado al portero. Luego de abrazarme con mis amigos con la misma emoción de quienes se coronan campeones del mundo, me dirigí hacia la banca donde Viviana veía mis partidos. Quería sentarme ahí e imaginar que la tenía al lado, aliviada y feliz, sin rastros de ninguna enfermedad del infierno que amenazara con troncharle la vida.

Iba a mitad de camino, cuando de pronto la vi de pie, acercándose, sonriente, y en sus ojos destellaba una luz de felicidad que no podía ser de los vivos. Miré a mis espaldas, ansioso de comprobar si alguien más era testigo de la aparición, pero todos hablaban entre sí, ignorantes del milagro. “No te preocupes por ellos”, dijo Viviana, “esto sólo está permitido para ti”. Me sonrió con una ternura que se había extremado en la muerte. Llevaba un vestido rosado con puntitos azules que no le conocí en vida y despedía un delicado perfume de jazmín que me remontó al tiempo en que lo olíamos directo de la flor, fascinados con que algo así existiera de forma natural.

-¿Cómo te sientes?- fue lo único que se me ocurrió decir en medio del nerviosismo.

- Me da un poco de pesar por mis padres –respondió-, en especial por mi mamá, que está inconsolable, pero con el tiempo se repondrá. Para ser sincera, estar aquí es asombroso, es como un parque de diversiones con derecho a todos los dulces que quieras. Además, tienes poderes. Mira.

Y se levantó sobre el suelo, se desplazó hasta la portería donde yo había marcado el gol de la victoria y regresó atacada de risa.

-Cuesta un poco no enloquecer con estas cosas- dijo.

-¿Por qué te fuiste tan pronto?- le pregunté, poniéndome un poco más solemne.

-Hay mucho que quiero decirte, pero no me lo permiten. Todo lo sabrás cuando estés de este lado, conmigo.

-¿Cuándo será eso?- pregunté con inquietud.

-Todavía te faltan muchísimos partidos y muchísimos goles antes de que pase- dijo de manera un tanto críptica-. A propósito, quiero agradecerte por tus dedicatorias de hoy. Celebré sobre todo el último gol. Golazo. Eso sí, tienes que tocar más el balón, a veces te pasas de egoísta- dijo y me sonrió, como disculpándose por la crítica.

- Y Boris, ¿qué hay de él? ¿cómo está?- dije, cambiando de tema, un poco molesto.

-He ido varias veces a la casa y puede verme y me ladra y mueve la cola como cuando llegaba de la escuela. Lo acaricio un rato y él se tranquiliza. Lo difícil es cuando debo irme. Aúlla de dolor, como si intuyera que no voy a volver más. De seguir así es seguro que lo va a matar la pena moral. Tú eres el único que puede

hacer algo por él. No te amaba como a mí, eso nunca –hizo un gesto pícaro que me sacó una sonrisa-, pero contigo quedará en las mejores manos. Tienes que pedirles a mis padres que te lo regalen, diles que ése fue mi último deseo, haz lo que sea, pero debes quedarte con él. ¿Me lo prometes?

Antes de que le respondiera ya había desaparecido. No fue difícil quedarme con Boris, con quien muy pronto forjé una relación tan estrecha como la que él alguna vez tuvo con Viviana. Su llegada coincidió con la aparición oportunidades inmejorables que me pusieron en el camino de convertirme en futbolista.

Muchos años después estaba en Múnich, en mi apartamento de la Maximillianstrasse. Desde la mañana no cesaba de nevar por volquetadas. Luego de tanto tiempo de haber vivido en esa ciudad, no terminaba de habituarme a la temporada invernal, no por el frío en sí como por la premonición de que un fenómeno tan cruel sólo podría ser portador de la muerte. Sobre el comedor tenía una taza de café que había preparado con aguapanela, una costumbre heredada de mis ancestros campesinos. Me arriesgué a probarla con la punta de la lengua, pero bastó con rozar su superficie volcánica para desistir. Me senté en el sofá y llamé a Boris, que se subió luego de que le diera un empujón, pues ya los años habían menguado sus fuerzas hasta dejarlo con lo más indispensable. Acaricié su lomo atiborrado de canas, y no pude evitar horrorizarme con el estado ruinoso de mi mano, cuyos huesos casi se transparentaban a través de la delgada lámina de la piel. Por eso había vuelto a Múnich: a ver si al menos era posible retrasar el avance de mi enfermedad catastrófica.

Los últimos seis meses habían sido devastadores para mi ánimo y mi cuerpo. Con mi esposa y mis padres fallecidos en un accidente de tránsito, la única compañía que me quedó fue Boris, que terminó por ser una buena razón para que más de una vez no prosiguiera con la idea de terminar con todo pegándome un tiro en la cabeza. Se lo agradecí acariciándolo con las yemas de los dedos y dándole un beso y un abrazo. De pronto se levantó del sofá con la energía reverdecida, se lanzó al piso, levantó la cabeza y empezó a ladrar con un ímpetu que no me pareció compatible con su vejez milagrosa. Seguía una figura que no era visible a mis ojos, y sus ladridos no delataban una conducta agresiva, sino el júbilo de reencontrarse con alguien a quien se ama.

Lo vi tan exaltado, que pensé que podría darle un infarto fulminante, y temí que la única criatura que me había amado hasta la adoración, la única que a su modo me consoló cuando la muerte se llevó a mis seres más amados, podría de pronto abandonarme en la soledad más repugnante. Cuando el perfume de mil jazmines arreció sobre mí, pensé que era inminente que Viviana se mostrara de nuevo, como en mi infancia, sólo que esta vez para darme un poco de aliento en medio de la cadena de infortunios que me habían impulsado a repudiar la vida.

No apareció. Cerré los ojos para concentrarme, pues quizá la alteración de mi ánimo impedía el surgimiento del milagro. Entonces sentí que algo se rompió en mi pecho y que empezaba a faltarme el aire, y hubo un principio de dolor que se esfumó tan pronto como vi la estela dorada del olor del jazmín envolviéndome en una espiral ascendente. La seguí con facilidad, libre de ataduras, fugado de mí mismo, consolado de forma instantánea de la amargura de la pesadumbre. Cuando al fin apareció Viviana, yo ya había asumido por completo la sorpresa de mi nuevo estado.

-Vaya que fueron muchos goles- dijo.

-Nunca pensé que serían tantos- dije sonriendo.

Abajo Boris no cesaba de ladrar. En la medida en que Viviana y yo nos alejábamos, Boris prorrumpió en un aullido largo y desgarrador. Ningún gesto ni ninguna palabra tierna lograron concederle un mínimo de alivio a su corazón hecho pedazos.

6.2 Una tarde para el recuerdo

Apenas si logré rasguñar tres horas de sueño el día que yo, Diego Pablo Rodríguez, capitán de la selección Argentina de fútbol y de lejos su máxima figura, debía jugar en Buenos Aires la final de la Copa del Mundo contra Inglaterra. A través de la ventana del quinto piso de la habitación del hotel donde nos concentrábamos, vi la ciudad iluminada de modo prematuro con un sol radiante que resultaba inusual para la temporada de vientos glaciales y lloviznas sin término. Traté de leer *El paraíso en la otra esquina*, cuya historia, aún cuando me la sabía de memoria, no dejaba de fascinarme y distraía bien la preocupación que, como es natural, asalta a todo atleta poco antes de disputar un evento que podría determinar que su nombre perdure a lo largo de los siglos. Pero por más empeño que puse no logré concentrarme y luego de un par de horas cerré el libro con la extraña sensación de que no recordaba ni dónde había empezado.

A través de las noticias supe de los traumatismos ocasionados por el partido. Escuelas y universidades suspendieron las clases y anunciaron que continuarían así por el resto de la semana si la selección nacional se alzaba con el título. Los empleados públicos fueron exonerados de asistir a sus oficinas, incluso aquellos cuyos servicios resultaban esenciales para que la vida fuera menos aciaga. El comercio cerró sus puertas poco antes del mediodía, con el atolondramiento y el desorden propios de las urgencias de catástrofe. Aún cuando días atrás el gremio del transporte público había emitido un comunicado en el que se comprometía a trabajar sin interrupción, a falta de tres horas para el pitazo inicial, en la calle sólo se veía a uno que otro ciclista apresurado, y se reportaba que el metro estaba en una parálisis vegetativa.

-¡Vamos a hacer mierda a esos ingleses hijos de puta!- grité frente a mis compañeros de equipo antes de partir hacia el Monumental de Núñez, y ellos repitieron mis palabras en un coro fervoroso.

Francisco Gallardo, el técnico de la selección, me pidió que me quedara con él luego repasar la estrategia a seguir con el grupo. “Tenemos que llevárnoslos por delante”, dijo un poco apresurado y nervioso, como no lo estuvo en los partidos previos a la final. “Desde el primer minuto –continuó- hay que arrinconarlos, eliminarlos, hacerles el partido una pesadilla”.

-No vamos a tener piedad- dije con vehemencia-, de eso podés estar seguro, los vamos a dejar hechos una mierda sobre la cancha.

Gallardo entonces me tomó el rostro y cumplió con nuestro ritual de toda la vida al darme un beso en la frente.

-Hacenos campeones, Carlitos- dijo, y en los ojos llenos de esperanza alcancé a vislumbrar una ansiedad que me hizo preguntarme si no había vuelto a sus viejas andanzas.

-¿Te sentís bien?- le dije, tomándolo de la camisa y acercándome mucho a él, como para presionar una respuesta que no quería oír.

-¿Por qué lo decís? – me respondió un poco extrañado, liberándose con cierta brusquedad-. Yo me siento estupendo. Querido, es que hoy somos campeones del mundo. ¿Entendés? ¡Campeones del mundo! Y, vos sabés, luego de tantos años eso es algo que a cualquiera lo pone así como estoy. Ahora andá, andá y mostrale a todos las locuras que sabés hacer.

Desde el túnel que conecta el camerino con la cancha, se sentía la vibración de las estructuras del estadio, soportando a duras penas los saltos frenéticos de la hinchada. Cuando puse un pie fuera, los cantos de apoyo multiplicaron su estruendo, y me complació imaginar que el poder de su eco sin tregua excedía los límites de Buenos Aires, abrazaba por completo cada provincia, y sólo empezaba a desvanecerse en la pampa grande y desierta.

Durante varios minutos no fue posible ver las tribunas por el torrente de papel picado, las cascadas de rollos blancos y las banderas argentinas ondeando con el júbilo de una victoria que se festejaba por anticipado. Ésa era una conducta propia de los fanáticos de la selección. Lo curioso es que casi todo el mundo del deporte coincidía en que la final con Inglaterra era sólo un mero trámite antes de que Argentina se alzara con la Copa del Mundo. Yo mismo, que siempre fui mesurado en mis declaraciones a la prensa, en el fondo me burlaba de la humillación que le esperaba a los ingleses y que sólo detendríamos cuando el árbitro diera el pitazo final. Y es que habíamos hecho un torneo tan brillante y yo en particular había tenido un desempeño tan extraordinario, que la mención de la derrota no se admitía como una posibilidad sin porvenir, sino que era un chiste del peor gusto.

No pude reprimir cierta inquietud cuando el sorteo favoreció a mis rivales con el saque inicial. “Qué raro”, pensé, “es la primera vez que lo pierdo en una final”. Los ingleses apenas habían avanzado tres miserables metros con el balón, cuando ya lo teníamos en nuestro poder, y nos volcamos en un ataque que puso a todo el mundo de pie y que terminó en saque de portería luego de que me apresurara a disparar sin potencia ni precisión. Nuestros adversarios optaron por quedarse a vegetar en su campo hasta marchitarse, y construyeron dos muros en concreto

que yo, con pases certeros o alguna jugada sacada de un sombrero de mago, tenía que vulnerar como fuera.

Ya me había enfrentado a desafíos así en los partidos de semifinal y cuartos de final, y los había resuelto, a veces de forma práctica, a veces con un poco de suerte, pero también con unas maniobras inspiradas que a todos dejaron perplejos. De modo que confiaba en que, más temprano que tarde, mi velocidad y mi zurda nos sacarían de problemas.

Pero por más que trataba, por más que me esforzaba y corría, por más que instruía a mis compañeros para que tomaran por esta dirección o la otra, no dábamos un paso concreto en el camino al gol. Es más, apenas superábamos la mitad de la cancha, los ingleses enviaban a dos o tres perros de presa a perseguirnos, a mordernos, a tirarnos por el suelo con faltas que ameritaban sanciones de criminales.

A mí me dedicaron un tratamiento especial. Me dejaron un guardián de cárcel que procuraba quitarme el balón al mismo tiempo que, con suma discreción, aspiraba volarme las rodillas con una patada de burro. Era tan fiero y desalmado que cuando yo recibía un pase ya debía saber con quién asociarme para no correr el riesgo de una lesión. En tres ocasiones tuve la osadía de enfrentarlo. Las dos primeras salí indemne porque Dios tuvo la misericordia de no excluir los milagros del fútbol. Pero a la tercera se vino sobre mí en avalancha, justo antes de hacer un centro al área. Mientras caíamos a toda velocidad, se las arregló para propinarme un codazo de luchador que pensé que me había fracturado el cráneo. A pesar de que quedé en el suelo por más de cinco minutos, el árbitro aseguró que no había visto nada, y sólo se limitó a sacar una insignificante tarjeta amarilla.

-Por la atropellada –escuché que se justificó con el jugador-. Otra más así y me veré en la obligación de expulsarlo.

A pesar de que el impacto me produjo un dolor agudo e impedía que las imágenes tuvieran estabilidad, le aseguré al médico que estaba bien y que podía regresar a la cancha sin problemas. Me ofreció un par de analgésicos y los mastiqué antes de tragármelos con un sorbo largo de agua. A nuestro técnico, el profesor Gallardo, que parecía preocupado, le hice con las manos un par de señas tranquilizadoras.

Los dos primeros balones que me tocaron los entregué mal. Traté de colaborar en la marca, pero al correr me sentí a punto de irme de bruces. Con el golpe no sólo se esfumó la concentración, sino que mi moral se hizo trizas cuando reconocí que no estaba en condiciones de continuar en el partido. Me consoló imaginar que, para el segundo tiempo, el efecto de los analgésicos me recompondría lo suficiente como para recobrar mi nivel habitual. Sin embargo, aún faltaban diez minutos para el descanso y debía encararlos de forma que le ocasionara el menor perjuicio a mi equipo.

Pero siendo yo el que era, teniendo sobre mis espaldas la responsabilidad de hacer que mis compatriotas se sintieran otra vez orgullosos de haber nacido en Argentina, era apenas natural que me pasaran la pelota hasta para cobrar los saques de banda. Casi todos mis pases fueron erráticos, hasta el punto de que en el estadio empezaron a oírse insultos de grueso calibre y coros de reproche y enojo que, por primera vez, me mostraron con cuánta facilidad un fanático puede perder la memoria que yo, a lo largo de muchos años, había alimentado con recuerdos magníficos.

A partir de entonces asumí un rol más modesto. Les pedí a mis compañeros de la línea de volantes que trataran de incluirme lo menos posible en el circuito de juego mientras me recuperaba del intento de asesinato del inglés. Habían cumplido con la lealtad de los amigos que se conocen desde la infancia, hasta que hubo un momento en que la presión del contrario los abrumó de forma que sólo yo estaba libre para la recepción. Con el balón en los pies levanté la cabeza y hallé un espacio donde poner a correr al 'Pollo' Ortega, pero antes del lanzamiento Campbell me desarmó en un suspiro, se perdió veloz por la punta derecha, hizo un pase que le fue devuelto con una diagonal profunda y sacó un centro al corazón del área que Smith cabeceó a un rincón a donde nuestro portero sólo habría llegado, si la longitud de sus brazos se hubiera visto de pronto multiplicada por dos.

Nos fuimos al descanso en medio de uno de esos silencios que el pavor hace cada vez más puros, hasta el punto de que parecía que el estadio estaba desierto. En el camerino, el técnico Gallardo me llevó aparte. Con su mano derecha en mi nuca, con la izquierda palmeándome el pecho y con su rostro muy cerca del mío, dijo:

-Yo sí vi lo que te hizo ese hijo de puta. Dieguito, la verdad es que no sé cómo carajos estás jugando después de eso –miró a un lado y al otro, como para comprobar que nadie lo oía y se me acercó aún más-. ¿Te sentís bien? Decime la verdad: ¿Te sentís bien? Vos sabés que ahí está Aguilar y él suele jugar bastante bien cuando vos no podés. ¿Qué te parece? ¿Querés que lo ponga a calentar?

Lucía una de esas angustias a las que yo muchas veces, a lo largo de quince años de amistad, había aplacado con mis propios recursos. Hablaba de prisa, salivaba a mares, respiraba con una premura de asmático.

-¿Cuánto apostaste esta vez, grandísimo cabrón?- dije con una ira que se me empezaba a salir de las manos.

No fingió sorpresa, como las otras veces en que lo descubrí en el pasado, sino que lo negó todo. La amargura de la derrota parcial y el fastidio del dolor de cabeza, me impulsaron a confrontarlo con vehemencia. “¡Hijo de puta, decime ya mismo cuánto apostaste!”, exigí. Agachó la cabeza y me sacó las manos de encima antes de darme una respuesta que incluso a mí, que lo conocía desde niño, me sorprendió:

-Lo aposté todo, Carlitos. Cada centavo de mierda lo aposté.

Después de una carrera como defensa en la que gozó de cierta notoriedad, Gallardo había tratado de labrarse un camino con mayor renombre como técnico de fútbol. Le fue tan bien en las categorías juveniles, que muy pronto pasó a equipos grandes donde casi lo ganó todo. Su debacle empezó un día en que, con un ánimo casi inocente, apostó con un amigo una suma nada despreciable para un partido de la Copa Libertadores, y se vio de pronto con su dinero multiplicado por dos. Siguió apostando con un interés en ascenso, incluso en disciplinas deportivas de las cuales apenas tenía nociones. Tuvo aciertos que le llenaron el corazón de codicia, y cuando de pronto se acabó su buena racha y entró en un ciclo de pérdidas consecutivas, sólo pudo retirarse a la fuerza, pues se quedó sin un centavo y sus contrincantes advirtieron que era un desatino darle más crédito.

Aquella pasión sin gobierno no sólo lo dejó en la bancarrota, sino que lo condujo a desviar su concentración del fútbol. Su prestigio se vino a menos con un periodo de resultados nefastos en cada club que le dejaron en las manos. El golpe de gracia se lo propinó un periodista que le descubrió el vicio de las apuestas, y en un informe que estremeció al país insinuó la posibilidad infame de que Gallardo hubiera jugado dinero contra los equipos que dirigía.

Con la ruina económica y la de su reputación, Gallardo decidió regresar a su pueblo natal para ponerle fin a su vida. Una tarde meditaba en un parque cuál sería el modo menos molesto de morir, cuando me vio jugar fútbol con unos hombres hechos y derechos, y lo hice con tanta maestría e inspiración y a una edad tan temprana, que pensó que yo era su segunda oportunidad para levantarse de entre los escombros. Impulsó mi carrera con una determinación y una lealtad a prueba de todo tipo de tentaciones. Su calidez, sus consejos y su sincera preocupación por mi destino, lo convirtieron pronto en el padre que nunca tuve.

Juntos escalamos una posición tras otra; él, como técnico de equipos cada vez más relevantes, y yo casi siempre a su lado, porque me costaba aceptar que un hombre diferente ordenara mis pasos dentro de la cancha. Subí muy alto y muy rápido. A una edad en la que la mayoría de los futbolistas con proyección son conscientes de que aún no son aptos para hacer parte de un plantel titular, yo ya había arrasado con cada torneo que disputaba. Mi triunfo más rimbombante fue la Copa América, esquivo para mi nación desde hacía más de tres décadas. Pese al logro tuve el atrevimiento, en una reunión de altos directivos de la Federación, de condicionar mi participación en la Copa del Mundo que dos años más tarde se disputaría en mi país, si el técnico actual, con quien había sostenido numerosos e

iracundos desencuentros, no se apartaba de su cargo para dejarlo en manos de nadie más y nadie menos que de Francisco Gallardo.

Aunque desde luego hubo voces de protesta, mi autoridad, forjada a fuerza de goles y jugadas para enmarcar, terminó por imponerse. Para mí fue una de tantas maneras más de pagarle a Gallardo no sólo lo mucho que hizo por mi carrera, sino por haberle traído algún alivio a mi orfandad. Porque hubo otras maneras más, entre ellas la de pagarle de mi fortuna la adicción de las apuestas, que si bien se empeñaba en moderar, a veces lo dominaba, impulsándolo a excesos que le recriminé a gritos, pero que terminaba por patrocinarle tarde o temprano. Hasta que tomé conciencia de que de ninguna manera podía hundirme con él. Apenas quedó en firme su nombramiento como director técnico de la selección, le hice saber que no sólo no le daría un centavo más para cubrirle la espalda, sino que si me daba cuenta que incurría en una nueva apuesta, yo mismo movería cielo y tierra para que le dieran una patada en el culo y lo despidieran.

Estuve al acecho de cada uno de sus pasos. La enorme satisfacción de que mis amenazas habían surtido efecto, se volvió cada vez más sólida con el paso de los meses. Había alcanzado a convencerme de que le había aplicado una cura de burro a sus desmanes, cuando él mismo tuvo que admitir una recaída dramática en el curso del partido más importante de nuestras vidas.

-Entendeme Carlitos, te ruego que me escuchés, ¡por favor!- dijo Gallardo tomándome de los brazos y cuidando que nadie me escuchara-. ¡Pero si era pan comido! Mirá la primera ronda ¡Les pasamos por encima a todos! Acordate del repaso que le dimos a España en octavos, de la humillación a Brasil en cuartos, de la vapuleada a Colombia en semis. Solamente un imbécil creería que podemos

perder este partido. Sí, está bien, la cagué con vos, perdóname querido –me tomó el rostro y me miró con vergüenza- ¡Qué querés que te diga! He luchado contra esto, me he jugado la vida para quitarme esta enfermedad de mierda. Estuve bien todo este tiempo, todos estos meses. Hoy la recontracagué, lo sé, pero es que es una buena oportunidad para pagarte toda la plata que te he hecho gastar.

-¡Qué momento de porquería para cagarla!- exclamé.

-¡Pero ya está! ¡Ya está, maldita sea! –enfaticó-. Ahora lo que tenemos que hacer es remontarles a esos putos y mandarlos de vuelta a casa como los perdedores que son.

Trató de serenarse, tomó un poco de aire que expulsó de inmediato y continuó:

-Ahora decime, Carlitos, ¿estás bien, sentís que les podés romper las pelotas?

Estaba tan furioso que no le dije nada, pero sí, sí, ya me sentía mejor, ya el dolor había cedido hasta un punto que me parecía tolerable. Íbamos a remontar como fuera, ya lo vería todo el mundo. Para el segundo tiempo Inglaterra sacó a dos hombres con vocación ofensiva pero con sacrificio a la hora de recuperar, y los reemplazó con volantes desprovistos de inspiración que no vacilaban en acudir a quitar la pelota con recursos de hampones. Sólo dejaron dos jugadores arriba que nos contragolpearon sin piedad y que estuvieron próximos a sellar nuestra derrota cuando dos de sus ataques concluyeron contra los palos.

A favor de mi equipo tengo que decir que salimos a rompernos la vida, a veces con un ímpetu no exento de desorden, a veces con una agresividad que el árbitro juzgó con demasiada benevolencia. Pero nuestro empeño por alcanzar el empate no fue más allá de un puñado de centros que fueron rechazados con autoridad y

tres remates de larga distancia que el arquero controló entre bostezos. Mi desempeño había mejorado de manera notable, pero de nada servía mientras siguiéramos perdiendo y no generáramos situaciones que representaran un peligro real.

Cuando vi calentando a Aguilar pensé que Gallardo no podía ser tan infame. Me acerqué a la zona técnica a pedir explicaciones. “¿Vos pensás cambiarme por este boludo?”, le dije a Gallardo al tiempo que señalaba a Aguilar. Gallardo me miró con el desprecio compasivo con que se corrige al ignorante y dijo: ¡Si lo voy a poner es para que te ayude!”. Tuvo razón. Nos entendimos como si hubiéramos jugado desde la infancia, pero aún nos hacía falta una puntada de magia para llegar al gol.

Restaban diez minutos para que el partido terminara, cuando la hinchada entró en esa fase abominable donde la frustración la empuja hacia la más absoluta intolerancia para las jugadas equívocas. Con los nervios a flor de piel me dispuse a probar lo que fuera, e hice tantos despropósitos que me gané una silbatina que ojalá hubiera tenido a los ingleses como destino. No me derrumbé, esperanzado en que al menos iba a tener una posibilidad real de marcar.

Con cinco minutos para que Inglaterra se coronara como el campeón del mundo, Aguilar recibió el balón en el centro del campo, enganchó un rival, le hizo un caño sin mancha a otro que quería volarlo en pedazos, y avanzó un par de metros. Yo estaba cerca de la media luna y me mostré como una buena alternativa para la descarga. Él pinchó el balón, que pasó por encima de dos defensas ingleses, pero la trayectoria torció demasiado a la derecha y fue rechazado con un cabezazo que a su vez Aguilar contestó hacia mí. Giré durante un pestañeo para

verificar no sólo si tenía la marca encima, sino para comprobar qué tan salido estaba el arquero, y para mi satisfacción advertí que tenía una oportunidad de oro. Entonces paré la pelota en el pecho del lado del corazón, al tiempo que la impulsé hacia la derecha con una ligera torsión de la espalda, de forma que me quedó para un fuerte remate que tomó a todos desprevenidos, provocó una volada del arquero más por protocolo que porque tuviera posibilidades de atajarlo y golpeó en el travesaño antes de transformarse en un golazo que hizo que en todos reverdeciera de nuevo el amor por la vida.

El impulso anímico, desmandado por el empate, nos dio autoridad y fútbol para poner a Inglaterra contra la espada y la pared. Pero faltaba muy poco para que el partido acabara, de modo que sólo alcanzamos a meter dos cabezazos fulminantes, uno de los cuales lamió el palo, en tanto que otro lo atajó el arquero casi en la raya. Los ingleses respiraron profundo cuando el árbitro dio el pitazo final.

-No sabés lo que viví con ese gol –me dijo Gallardo mientras me abrazaba hasta el ahogo poco antes de iniciar el tiempo suplementario-. Creí que me iba a dar un infarto. Ahora hay que terminar de enterrar a esos hijos de puta.

Procedió a trazarnos algunas directrices que me parecieron un tanto suicidas y se lo dije. “Ahora es cuando hay que aprovechar”, replicó. “Se cagaron encima, literal, ¿no los olés desde acá? Tenemos que llevárnoslos por delante y evitar como sea los riesgos de una definición por penaltis”.

Aún cuando el público enardecido gritaba como si estuviera a punto de meterse a la cancha y nos pedían que matáramos y comiéramos del muerto, carecíamos de arrestos físicos para poner en práctica las órdenes de Gallardo. Yo mismo trataba,

no tanto de buscar otro gol de milagro, como de luchar para que no se me notara demasiado el hecho de que las piernas apenas me bastaban para sostenerme en pie. Por su parte, los ingleses sucumbieron al gasto titánico del esfuerzo defensivo, que depreda más fácil la vitalidad y arruina los nervios, y medio equipo sufrió calambres severos. La atención médica terminó por consumir los pocos minutos en que ambos planteles intentamos jugar, así que el tiempo suplementario no fue más que una introducción glacial que no preparó ni los nervios ni el corazón para el temible acto de fondo: la definición por penaltis.

Inglaterra empezó cobrando y acertó. Lo mismo hicimos nosotros. Nadie había errado cuando Smith ejecutó el quinto lanzamiento a favor de su país y marcó con un disparo que le dobló las manos a nuestro arquero. Cuando me despedí de mis amigos e inicié la caminata de espanto hasta donde debía cobrar, advertí que era la primera vez en mi carrera que buscaba la anotación no para levantar un campeonato, sino para evitar perderlo. Miré hacia las tribunas en busca de aliento, pero todo el mundo estaba en silencio, presa del pánico. Cuando ubiqué el balón en el punto blanco y tomé impulso, el pie izquierdo me empezó a temblar, como si se quisiera desprender del resto de la extremidad. Casi siempre tiraba a un ángulo, pero esa vez me sentía un tanto inseguro, y preferí soltar un misil al centro de la portería, con tan mala suerte que pasó por encima del travesaño y se perdió en las tribunas.

Mientras los ingleses festejaban a rabiar la consecución del título, me sentí más sólo y abandonado que nunca, y me limité a llorar con las manos cubriéndome el rostro. Lo más devastador fue cuando se acercó Aguilar para decirme:

-Algo grave le pasó a Gallardo.

A lo lejos vi que le hacían maniobras de reanimación tan desesperadas, que deduje que la crisis ya llevaba algunos minutos de ventaja. “¡Que se lo lleven ya para un hospital! ¡Aquí se nos va a morir!”, grité cuando pude abrirme un espacio entre el tumulto que rodeaba al técnico. Fue lo primero que habían intentado hacer, escuché que alguien me dijo, pero las pocas ambulancias del servicio médico del estadio estaban colapsadas con casi medio centenar de infartados. Cuando poco después hubo medios técnicos para atenderlo sobre la cancha, para mí fue evidente que se trataba de un esfuerzo sin porvenir. Luego de algunos minutos abominables en que lo vi despegarse del suelo por la fuerza de los choques eléctricos, los médicos se rindieron y partieron hacia las tribunas, donde las emergencias se hacían cada vez más numerosas. La virulencia de la mortandad desatada por mí empezó a aplacarse casi dos horas después. Cuando por fin se llevaron el cuerpo de Gallardo entre las lágrimas desoladas de los integrantes de la selección, decidimos abordar el bus que nos llevaría de regreso al hotel.

El camino lo hacíamos en un silencio conmocionado, cuando escuché una voz malintencionada que de seguro reprodujo la noticia leída en internet: “¿Sesenta y tres muertos? ¡Sesenta y tres! ¡Esto es una masacre!”. En el hotel pasé tan rápido como pude por la recepción, adornada con globos de helio y cintas de colores para felicitar a los campeones que nunca fuimos, y me encerré con llave en mi habitación. Poco después llamaron a la puerta de forma tan insistente, que me vi forzado a acudir, y entregué algunas explicaciones falsas que tuvieron la fortuna de calmar la inquietud de tres buenos amigos.

Luego de beberme una botella de vino con tragos largos y despechados, la quebré con la precaución de producir el menor ruido posible. Extraje un trozo

grande en forma de aleta de tiburón, y no lo pensé dos veces para abrirme la muñeca derecha con un tajo de carnicero, y me tiré sobre la cama a esperar la muerte. Temiendo que la visión de la sangre manando a chorros pudiera disuadirme, opté por cerrar los ojos y tratar de mantener la mente en blanco. En la medida en que los progresos de la herida eran cada vez más catastróficos, sentía que estaba más cerca de un estado de liberación total donde los estragos de los recuerdos estarían desprovistos de la potestad de señalarme como el culpable de tanta desgracia.

De un momento a otro aparecí en mi velación pública, en mi propio ataúd, cuya tapa estaba levantada, y vestido con el mismo traje de diseñador que meses atrás había usado en la gala donde se me concedió el premio al mejor jugador del mundo. No podía moverme, anclado a mi cuerpo, encadenado a mis músculos inertes, encerrado en la prisión de mis huesos. La despedida la iniciaron mis amigos y compañeros de la selección, devastados, con signos de haber pasado la noche de largo, y cada uno me agradeció de corazón por las muchas cosas que hice para impulsar sus carreras. Las mujeres lloraron hasta descargarse de tanta pesadumbre, y algunas –no sé por qué- me mostraron la foto que alguna vez nos tomamos en los cientos de aeropuertos del mundo donde tuvimos la fortuna de coincidir y otras, las más desconsoladas, me dejaron una rosa. Los hombres resistieron bien la visión de mi cadáver, hasta que cargaban a sus hijos, para que creyeran que lo que hice era verdad, y éstos se soltaban en un llanto desolador y sin sosiego que terminaba por contagiar a sus padres. Al final todos se marchaban en busca del consuelo de sus mujeres y del abrazo de sus madres. A veces, queriendo aliviar tanta pena, les decía: “Yo estoy aquí, mírenme no más, estoy vivo”, pero nadie me oía.

Lo peor fue cuando, luego de horas de padecer el dolor ajeno como propio y de sentirme responsable de tanta tristeza, apareció Gallardo y se aferró a mi féretro durante tanto tiempo, que me pareció que quería impedir que me llevaran a algún lado. “Lo que hiciste, Dieguito, no tenés idea de lo que hiciste”, se lamentaba entre lágrimas. Estaba rejuvenecido por la muerte, con el cabello sin canas y sin el ligero abultamiento en la cintura contra el que tanto luchó, pero la noticia de mi decisión había dejado en su rostro estragos aún peores que en los vivos.

-Me voy a quedar con vos hasta que acabe todo esto- dijo mirándome a los ojos-. ¿Me entendés? Por nada del mundo dejaré que te saquen de acá.

-¿Qué me va a pasar? ¿Vos sabés?- dije, creyendo que me escuchaba.

-Será difícil retenerte aquí -susurró Gallardo, como si me confiara un secreto-. Pero si es necesario me meto ahí con vos y me quedo hasta que se cansen y te dejen en paz.

A pesar de tantas promesas, el ataúd se cerró por completo y quedé de nuevo a oscuras. Aunque di gritos de angustia y pedí ayuda con los ruegos más desgarradores, me trasladaron hasta el carro de la funeraria. Redoblé mis esfuerzos hasta que escuché que se cerraban las puertas, se encendía un motor y nos poníamos en movimiento. Lloré de desconsuelo, aullé de soledad y pedí perdón a gritos tantas veces, que no advertí el instante en que llegamos al cementerio y me tiraron las primeras paladas de tierra. “¡Estoy vivo!”, grité con todas mis fuerzas. “¡No me dejen aquí que estoy vivo! ¡Vivo!”. Al final quedé solo, destruido por los remordimientos y aprisionado en aquella cárcel de mi castigo por un término cuya ignorancia hizo que cada segundo fuera como una puñalada en el corazón.

Poco después me asaltó el espanto de comprobar que de mi cuerpo empezaba a emanar la pestilencia de la putrefacción. Me hinché de tal forma que pensé que el féretro sería incapaz de contenerme. Bramé de dolor por los mordiscos voraces e insaciables de los gusanos que mi hedor hizo proliferar en un número que sólo cesó de multiplicarse, cuando no hubo una hebra de carne más que los alimentara.

Cuando de mí no quedaba ni el tuétano de los huesos, tuve la esperanza de que todo estaba a punto de terminar. Pero seguí confinado en esa prisión inclemente adonde no llegaban ni las piltrafas del canto de los pájaros. Quise recordar mis hazañas deportivas como un recurso de evasión, y comenzaba a dar pasos firmes en ese propósito cuando, sin que pudiera hacer nada, me vi de pronto abrumado por las imágenes concernientes al partido de fútbol de mi desgracia mayor, a los infartados que se desprendían desde las tribunas para morir en la gramilla, a la velación multitudinaria donde mi país me lloró con el corazón en astillas, a la contemplación Gallardo mientras trataban en vano de regresarlo a la vida y a la contemplación de mí mismo en el insufrible proceso de desangrarme.

No tengo la más pequeña noción del tiempo que había pasado entre la opresión de los recuerdos y el espanto del encierro, cuando me pareció notar que removían la tierra. Se abrió una puerta hacia la esperanza que creí perdida para siempre, en el momento en que confirmé que la actividad no sólo proseguía, sino que era evidente que se emprendía en mi dirección. Los golpes brutales con que se empezó resquebrajar mi féretro, me catapultaron hacia la confusión y el pánico. Temblé pensando que tal vez mi infierno continuaría, esta vez con un tipo de castigo al que la incertidumbre revestía de un carácter aún más espeluznante de los que ya había sufrido.

Cuando la madera al fin estalló en mil pedazos, la intensidad del sol del mediodía me obligó a cerrar los ojos y los mantuve así no tanto por la luz como por el miedo, hasta que escuché una voz que me devolvió el aliento: “Vení, Carlitos, vení que ya todo acabó”. Era Gallardo, por supuesto. Apenas tomé su mano y logré poner un pie en tierra, no pude reprimir un llanto desgarrador y desolado que me sirvió para desahogarme a fondo. “Tranquilizate que ya está”, me dijo Gallardo tomándome el rostro para darme nuestro ritual y maternal beso en la frente, y me miró con una emoción profunda y conmovedora, como nunca lo hizo mientras vivimos en la carne. El abrazo en que nos fundimos fue cálido y conmovedor, y me infundió la certeza de que era el primer paso hacia un nuevo comienzo, lejos de aquella tarde aciaga que espero que alguna vez pueda borrar para siempre de mi atribulada memoria.

6.3 La soñadora de desgracias

Renuncié a una beca universitaria, convencido de que las fuerzas y el aliento me bastaban para hacerme escritor por mi propia cuenta. La decisión desencadenó la furia de mi padre, que a lo largo de su juventud había tratado, sin éxito aunque con méritos, de acceder al honor que a mí me llegó sin quererlo ni pedirlo. De aquellas tentativas inútiles le quedó un profundo rencor, porque los candidatos que preferían a él suplían sus calificaciones comunes con el apoyo de poderosas influencias. Así que no pudo reprimir su enojo cuando se me hizo justicia a las decenas de medallas ganadas en el colegio y yo rechacé tanta generosidad en busca de un espacio para leer y escribir en paz. Le faltó poco para soltarme los correazos de animal con que solía castigarme en la infancia, pero los años habían igualado nuestras fuerzas y limado la distancia entre nuestras alturas, de modo que sabía bien que no podía ir más allá de ponerse la mano en la hebilla. Traté de entender su ofuscación, y me quedé en silencio cuando me auguraba un porvenir de miseria y me decía las barbaridades que sólo merecería un criminal. Pero se empeñó tanto en hacer pedazos mi moral para que rectificara mis pasos, que un día estallé en una erupción devastadora y lo atacué de la manera más vulgar. Nuestra relación, que siempre había sido frágil, se destruyó por completo.

Mi madre estaba lejos de comprender mi temeridad. No tenía ningún contacto con los libros ni con ninguna otra forma del arte, pero eso lo compensaba de sobra con un amor abnegado que alcanzaba para todos. Nunca apoyó las arremetidas de mi padre en mi contra y muchas veces lo atajó cuando nuestros ánimos exaltados nos ponían al borde de los golpes. Me respaldó en mi sueño de ser escritor sin recurrir a la dirección de la academia y me dijo que no le parecía ninguna locura lo que había hecho, pues no debemos vacilar en ir a la caza de lo

que nos hará felices. Me uní a ella más que nunca, hasta el punto de que nos hicimos cómplices, y su defensa fue fundamental para que mi padre no me botara a la calle con mis seis mudas de ropas y mi medio centenar de libros de segunda mano.

Y es que quizá lo merecía. A punto de cumplir los veinte años no sólo había desdeñado una oportunidad de oro para estudiar, sino que no había movido un músculo para ganarme un centavo, y confieso que de haberlo hecho habría caído muy bien. En la casa no estábamos en manos de la pobreza, pero a veces se nos acercaba lo suficiente como para asustarnos. Gracias al amparo de mi madre y a que mi padre la amaba tanto que apenas si osaba contradecirla, pude entregarme, aunque con algunos sobresaltos, a la lectura, y me inicié en la escritura de historias que distaban de madurez, pero que por lo menos me fueron adiestrando el brazo en el uso de la lengua. De forma que poco a poco fui más consciente de lo que decía, más seguro de que cada vez mis palabras obedecían menos a la improvisación y más a un plan íntimo, y en algunas ocasiones me esperanzaba con la construcción de dos párrafos respetables.

A fuerza de lágrimas, de papeles incinerados, de pasión y mucha disciplina, noté pequeños progresos, y poco a poco mi padre pareció resignarse a la idea de que no podría torcer mi rumbo. Era feliz. Disponía de toda la libertad que necesita un aspirante a artista para formarse. Pero todo cambió cuando mi madre enloqueció. En su familia había antecedentes preocupantes de un par de tíos y un tatarabuelo que habían perdido la razón. Algunos alcanzaron a ser internados a tiempo en hospitales psiquiátricos (la vida apenas les bastó para estar allí menos de dos años), pero hubo un par de casos que terminaron en suicidio. Mi madre presentó problemas de depresión desde la adolescencia que cuando, de manera

excepcional, llegaban a extremos, eran aplacados con drogas que la dejaban atontada por días. La infrecuencia de sus recaídas conllevó a que nos costara acostumbrarnos a ellas, pero al fin asumimos el asunto como algo que, por desgracia, se podía presentar en cualquier momento. Lo que nunca estuvo en nuestros cálculos –aunque los médicos afirmaban que podía suceder- fue que su estado degeneraría hasta el extremo de que su pacifismo de cuna se trocó de pronto en una iracundia de fiera enjaulada, su memoria de elefante dejó de reconocer nuestros nombres y la Caicedonia de nuestros orígenes, y sus mimos de toda hora le cedieron el lugar a la agresión y a un furor de venganza incompatible con su nobleza. Varias veces, a través de las lágrimas, la vi devastando la casa y arrojándonos todo lo que estaba al alcance de sus manos. Poco faltó para que acabara hasta con los platos de plástico. Para mi padre y para mí fue casi imposible detenerla, porque someter por la fuerza a un ser al que amábamos tanto nos provocaba el remordimiento de una traición.

Del hospital psiquiátrico nos la dejaron traer con la condición de que no podíamos dejar de suministrarle unos medicamentos que la aturdían hasta la estupidez. No nos habían dado la menor esperanza sobre su rehabilitación. Permanecía en una silla día y noche, y apenas si se movía para recibir la comida. Muchas veces me pregunté si ella preferiría la muerte a aquella tortura. Su carácter tan expansivo y curioso de seguro aborrecía tanta quietud. No la quería así, dopada e indefensa, pero tampoco violenta y poseída por un demonio de destrucción. Por eso, cuando mi padre me comunicó una mañana que había amanecido muerta, me sentí aliviado por un instante, pero poco después, de manera inexplicable, el peso de su ausencia me fue excesivo y me derrumbé en llanto.

Cada uno vivió el duelo en soledad. Mi padre, con una tendencia al alcohol impulsada por el fracaso, se entregó a él en cuerpo y alma. Perdió su empleo y nuestra subsistencia dependió de la venta del escaso mobiliario de la casa. Apenas si noté la ausencia de la sala o del televisor. Me había refugiado en brazos de la literatura de una forma egoísta. Leí y escribí en un estado compulsivo, quizá para ignorar el tamaño de mi pena, y no supe si era de día o de noche ni si estaba dormido o despierto, porque inclusive durante mis sueños abría miles de libros geniales y a veces, con el mismo lápiz de trabajo de la realidad, rayaba y rayaba hojas sin siquiera tomar aliento.

Fue un consuelo formidable que sólo las necesidades físicas apartaban de mí. Una vez abandoné la lectura porque las artimañas de las letras habían dejado de engañar mi apetito. La cocina estaba desmantelada. En la casa sólo sobrevivían las camas y un par de sillas plásticas. Mi padre, en el suelo, lloraba a mi madre como si su partida hubiera sido reciente y no seis meses atrás. Lo examiné de cerca y me sorprendieron sus pómulos monumentales, sus brazos reducidos al mero hueso, su pestilencia de borracho de semanas y el color enfermizo de la piel. Quise abrazarlo, pero fui incapaz: el poco afecto que me inspiró desde niño se había esfumado para siempre con sus burlas atroces a mi decisión de ser escritor.

De todas maneras tenía que hacer algo por él, por los dos. No podíamos seguir alimentándonos como mendigos. Acepté por fin que tenía una responsabilidad que había eludido por mucho tiempo y que debía asumir de inmediato. Me vestí lo más decente que pude, compuse mi barba de profeta bíblico, me recorté el cabello con tijeretazos bruscos y salí en busca de trabajo.

Mi respetable cultura literaria no me sirvió de nada sin la certificación de competencia que da un diploma. Se me cerraron todas las puertas de cargos en los que me habría desempeñado bastante bien y cuyo modesto pago habría sido suficiente para no pasar necesidades. No me quedó más remedio que reducir mis aspiraciones, y aún así tuve cientos de dificultades, porque parecía que media ciudad andaba en las mismas que yo. Cuando estaba por desesperarme y a punto de la hambruna, me aceptaron en un supermercado como empacador.

Vivía de las propinas. No era mucho lo que conseguía a pesar de que era amable y entusiasta con los clientes, pero por lo menos en adelante no faltaron en la casa las cosas de comer. Mi padre apenas si se despabiló por mi auxilio. Todas las noches regresaba borracho. Dos o tres veces traté de hacerlo reaccionar, de sacarlo de aquel duelo sin término que lo estaba matando. Siempre me exigió que me largara y que lo dejara en paz. Una vez, con la voz hediendo a licor barato, me dijo:

-Tú crees que nunca me repondré de lo de tu madre, y es cierto. Cuando te llegue el amor y se te vaya por el motivo que sea, vas a estar así como yo o peor, porque eres más débil y más vulnerable de lo que piensas.

No insistí más con aquel caso perdido. Las fuerzas no me daban para hacer milagros. Mi jornada de trabajo era de ocho horas sin derecho a descanso ningún día de la semana, de manera que mis lecturas y mis ejercicios de escritura debieron reducirse. Para que el perjuicio no fuera tan grave, me levantaba de madrugada y estudiaba hasta donde me lo permitía el aliento. Sin embargo, a veces estaba tan exhausto, que ni siquiera un litro de café espeso como la avena lograba darme diez minutos de reanimación.

Seis meses después me enamoré de Consuelo, una cajera que sobrevivió de milagro al cierre de una sucursal del supermercado al otro lado de la ciudad. Todos coincidimos en que era un refuerzo innecesario, sobre todo en momentos en que la ventilación y la iluminación se reducían en horas específicas, pero era una mujer tan bella que muy pronto los celos y las dudas quedaron a un lado, y nos dedicamos a entretener el tedio mirándola cada vez que se podía. Era de dedos largos y finos, de labios colorados y sensuales, el cabello negro le llegaba hasta la cintura y lo dividía en dos colas infantiles, y las uñas bien pintadas de pies y manos me excitaban con la idea de un aseo escrupuloso y, por tanto, de una intimidad fragante.

Era fácil notar que sufría y para mis intereses supuse que lo hacía en soledad. Caminaba mirando al suelo, las manos las anclaba sobre sus pechos despampanantes y a veces sus pies se enredaban en sus trancos desgastados. En ella brillaba la opacidad de la desesperanza y en sus suspiros se pescaban las claves de una vida vapuleada por la desdicha. La certeza de su desamparo despertó en mí un fuerte deseo por protegerla. Traté de ganarme su amistad, pero apenas si respondía a mis preguntas. Así era con todo el mundo. Sin embargo, estaba muy lejos de ser grosera: su discreción no excluía cierta diplomacia.

Mi intriga por sus secretos se convirtió en una curiosidad abrasante, cuando una tarde, sin motivo aparente, rompió a llorar de una forma tan desgarradora, que dejó su puesto tirado para ir a calmarse al baño. A otra cajera la hubieran despedido al instante, pero ella gozaba de la protección especial de nuestro jefe y eso me enfureció como si me hubieran insultado, pues no dudé en creer que aquello era una manera de pagar favores de cama.

Ardiendo en un huracán de celos que me dio una excelente idea sobre el tamaño de mi amor, entregué mis pocos ahorros a Bautista, un compañero atrapado en un empleo un poco menos mediocre que el mío en la sección de verduras y cuyas conexiones dentro del supermercado le eran muy útiles para enterarse hasta de las más secretas perversiones de los empleados, pero no le servían para nada cuando pedía un ascenso o un aumento. Le hablé de Consuelo y le pedí que la investigara a fondo, que me lo dijera todo sobre ella y que si en menos de dos semanas tenía noticias le daría un par de billetes más a la cantidad que ya habíamos acordado.

El plazo se acabó sin que me diera la cara. Traté de hablar con él, pero me rehuyó, y pensé que eso no lo hacía porque quisiera quedarse con el dinero que le adelanté, sino porque lo que había encontrado contenía una carga de dinamita de cuya explosión quería protegerme. Le di una semana más al final de la cual lo busqué con una rabia vengativa. Lo esperé a la salida del trabajo, lo tomé por la camisa, lo tiré contra una pared y le exigí que me contara la verdad. “No sé nada sobre Consuelo”, dijo. Al poner un poco de presión en su cuello, sus venas se engrosaron y su piel escupió cristales de agua. Debió advertir que mi determinación no era un juego, porque dejó de oponerse a mi fuerza salida de cauce y bajó la cabeza como un perro castigado. Lo solté y entonces, con un tono en el que reconocí una compasión veraz, me dijo:

-Consuelo es una puta.

La sorpresa me atravesó con un correntazo de parálisis. Bautista sacó una tarjeta y la metió en el bolsillo de mi camisa. “Aquí trabaja de viernes a domingo”, dijo. Pensé que una mujer de la sensibilidad de Consuelo sólo podría dedicarse a

un oficio tan infernal impulsada por una necesidad extrema, así que no la juzgué al instante.

-¿Por qué lo hace?-dije.

-Hace poco a su mamá le diagnosticaron cáncer- dijo Bautista-. Su seguro médico apenas si le cubre lo más básico, de modo que muchas cosas Consuelo debe costearlas de su bolsillo y con nuestro sueldo de hambre siempre está necesitando fondos extra.

La tragedia de Consuelo estuvo lejos de darle un golpe maestro a mi amor. Cuando Bautista se fue no pude evitar sentir una penosa impotencia, pues las condiciones ruinosas de mis ahorros me impedían tenderle a Consuelo una mano generosa. Imaginé su angustia, sus lágrimas en soledad y sus suspiros de desencanto. La Imaginé derrumbada de tristeza mientras su madre era masacrada en la quimioterapia y mientras vivía una muerte de horas provocada por los calmantes. Y entonces no dudé en tratar de aligerar su pesadumbre escuchándola y queriéndola, sin que me importara que horas antes otros hubieran jadeado, gritado y sucumbido por ella y sobre ella.

Desde el principio mi mayor problema consistió en cómo enterarla de mis intenciones y de lo que sabía sobre ella de forma que le doliera lo menos posible. Al cabo de muchos insomnios concluí que lo mejor era visitarla en el prostíbulo. Mi sola presencia me ahorraría mil explicaciones.

Luego de muchos esfuerzos para reunir el dinero, no pude evitar sentirme como un criminal cuando llegué a la dirección que aparecía en la tarjeta que me dio Bautista. Era una zona residencial de casas grandes y bien terminadas, y un puñado de niños jugaban fútbol en la calle mientras eran custodiados por un

vigilante en bicicleta armado con un machete. Reinaba un ambiente tan familiar, tan distante del horror que imaginé, que me atreví a preguntarle al taxista si estábamos en el lugar exacto.

-Créame joven que no me equivoqué –me respondió-. La vaina es que ahora hay tanto descaro que no hay problema en montar putiaderos frente a un jardín infantil o al lado de una iglesia.

No quise dejarle ni una moneda de propina. Toqué a la puerta cuando tuve valor y me recibió un hombre de sonrisa ensayada y cuyos ojos saltones denunciaban un afán insólito por conseguir riqueza. No advertí si me invitó a pasar. Sólo supe que enmudecí, que veía sin fijarme en nada, que me mordía los labios y que las manos las tenía anudadas y húmedas. Era una reacción lógica. Parte de mi infancia y toda mi adolescencia fueron entregadas a la literatura. No dejé ni siquiera un pequeño margen de tiempo para vivir, de manera que visitar un prostíbulo no sólo era novedoso, sino una cosa fuera de categoría que mi condición virginal elevaba hasta lo extraordinario. No dudo en afirmar que el hombre notó mi turbación y tal vez intuyó sus razones, pero no hizo el menor gesto de burla o de complicidad, y eso se lo agradecí de veras, porque andaba en busca de pretextos para huir.

Me dijo que si quería podía presentarme de una vez las mujeres disponibles; eran todas tan hermosas y apetecibles, que escoger a una me sería muy difícil. Acepté el ofrecimiento después de engañar los nervios con dos cervezas que me bebí deprisa. Las muchachas fueron llegando una a una. Ninguna apretó mi mano en el saludo. En efecto, todas eran despampanantes, pero lo eran más aquellas

cuyo maquillaje y vestimenta reflejaban una discreción que no concordaba con su oficio.

Cuando se iban sin ser aceptadas por mí, sentía lástima por su situación, aunque imaginaba que no todas andaban en esos rumbos por razones de calamidad. La novena en presentarse fue Consuelo, cuyos dedos temblaron de pánico entre los míos cuando la miré a los ojos.

No dijo nada ni hizo el más pequeño movimiento de oposición cuando le pedí que subiéramos al cuarto. Estaba irresistible con una falda negra que le llegaba hasta los muslos, una blusa ajustada en la que sobresalían sus duraznos de gloria y su rostro estaba retocado con tanta delicadeza y buen gusto, que se parecía más a una novia con ilusiones que a una mujer explotada.

Es imposible negar que por momentos estuve a punto de sucumbir a la presión del deseo y que para mantenerme firme en el propósito de no tocarla debí hacer un sacrificio desgarrador. Estuvimos cerca de cinco minutos sentados en la cama, uno al lado del otro, sin pronunciar una vocal, aterrados, hasta que ella, tal vez reconociendo lo que debería hacer, empezó a desnudarse.

-¡Detente! – grité en un estado de máxima tensión-. Yo vengo con otras intenciones.

Deslicé mis dedos entre los suyos, la miré de frente y levanté su rostro cuando lo descolgó hasta un abismo de vergüenza.

-Yo sé que de pronto esto te va a parecer una tontería– dije-, pero no vengo a lo que vienen todos. Sólo quiero escucharte. Tal vez ésa no sea una cura a todo lo

que te pasa, pero creo que de algo sirve. No sé, quizá hablando de tus cosas logres sentirte menos sola.

Lloró a sus anchas sobre mis hombros, como tal vez nunca lo había hecho en su vida. Cuando se detuvo, la abracé con una ternura que no reconocí como mía ni siquiera en los buenos tiempos de mi madre. Seguimos así, fundidos, consolándonos al mismo tiempo de los estragos de la soledad, de las burlas de la desilusión y de los obstáculos que el destino había puesto en nuestros caminos para precipitarnos al suicidio.

-Sabía que esto pasaría – dijo ella antes de que me fuera-: lo soñé.

-Qué soñaste.

-Que a las diez de la mañana el sol se apagaba, que el cielo se largaba en un diluvio de fin de los tiempos y que yo nadaba y nadaba, esquivando truenos, remolinos, olas como planetas, rocas desprendidas del lecho de los ríos, y que al final el cansancio me hundía y me tragaba un tiburón.

-Y qué significa todo ese embrollo.

-Que conocería al hombre de mi vida.

La prodigiosa máquina de su clarividencia entró en operación a los seis años, cuando soñó con gallinas negras con alas de terodáctilo y hocicos de perro, que escribían prodigios de poesía, al tiempo que cantaban ópera con una voz de tenor regordete. Despertó sobresaltada, sacó a su padre de la cama con gritos de pánico y lo hizo palidecer cuando le dijo: “Por nada del mundo vayas a viajar, porque te lo juro que te mueres”. Él no se explicó cómo Consuelo se enteró de un secreto que había custodiado con máximo sigilo. Se trataba de concretar en una ciudad a

media hora en avión un negocio que podría enriquecerlos. No quería contar nada porque en ocasiones anteriores lo había hecho, despertando grandes ilusiones, y al final una pequeñez de último momento lo desbarataba todo. Esta vez había jurado una discreción insobornable. Impresionado por la predicción aciaga, estuvo a punto de revelar a su hija que tomaría un vuelo esa misma mañana, pero decidió que lo mejor era pasar el incidente por alto, porque de otra manera fracasaría de nuevo, y despidió a su niña con dos besos. Poco después Consuelo empezaría a cargar la cruz del dolor cuando su madre, sorprendida y apesadumbrada, le comunicó la noticia de que su padre acababa de morir en un accidente aéreo.

Desde entonces Consuelo tuvo pocas noches de tranquilidad. Y es que si bien no todos sus sueños estaban impregnados de un sentido profético, aquellos que sí lo tenían reunían una cualidad invariable: la de pronosticar la desgracia. Con una antelación que permitía tomar medidas salvadoras, supo el final de muchos destinos. Pero nunca le hicieron caso a sus advertencias desesperadas, a sus consejos desconcertantes, y su primer novio quiso ahorrarse el puente peatonal para llegar temprano a una cita de trabajo y lo arrolló un bus; una prima bailó toda la noche para más tarde irse con el hombre del lunar sobre los labios y no con el que tenía los ojos color miel, que era el que la haría feliz hasta la muerte, y tras dos días de búsquedas desesperadas la encontraron descuartizada en una maleta; dos de sus mejores amigos se fueron de viaje a la hora que no debían, con las camisas blancas que no podían llevar al mismo tiempo (Consuelo les encareció que sobre todo se cuidaran de eso) y en el carro de color gris y modelo reciente que ella les pidió que vendieran de urgencia, y fueron acribillados por un sicario que los confundió con los que debían ser sus víctimas, que aguardaban el cambio

del semáforo cinco metros adelante en un automóvil idéntico y vestidos con impecables camisas blancas.

A pesar de que la desoyeron tantas veces, no se desanimó y siguió previniendo a todo aquel que estaba involucrado en sus sueños. “Sé que nada funciona contra lo inevitable – me dijo la noche que la visité en el prostíbulo -, pero me ilusiono con que alguna vez pueda haber una excepción”. Le besé la mano y le dije que al parecer sus predicciones nefastas habían terminado, porque ninguna otra cosa podría indicar el hecho de que yo fuera el hombre de su vida.

-El amor siempre es bueno- concluí.

-Es mejor que no te confíes. Con el amor nunca se sabe- dijo.

Nuestra relación se consolidó pronto. Cuando nos conocimos al derecho y al revés, como los grandes amigos, nos enviamos al amor de cama. Fue un descubrimiento del que aún no me repongo. Aprendí a hacerla feliz luego de que comprobé avergonzado que no era a través de la rudeza como la conduciría al placer, sino gracias a la palabra del romance, a los besos sin prisa que colmaban sus poros, a las manos ansiosas que la apretaban sin lastimarla y a una paciencia de resignación que jamás tuvo una grieta. De lunes a jueves nos amábamos en mi casa, sin que nos incomodara que mi padre llegara hediendo a alcohol y en harapos y dando gritos por cualquier cosa. Pues nos estremecíamos igual en un delirio exacto que en mí avivaba un apetito desaforado y tierno y que en Consuelo producía no sólo la satisfacción, sino la felicidad de ser amada de veras en medio de la catástrofe.

Algo muy distinto ocurría de viernes a domingo, que eran los días en que trabajaba en el burdel. Una vez había tratado de oponerme rogándole que

buscáramos una forma menos traumática de conseguir dinero. Aceptó, y nos tomamos un tiempo largo que no dio ningún resultado. No sólo perdimos hasta las monedas sueltas de nuestros ahorros, sino que ella tuvo que acudir al banco para un préstamo de urgencia, pues en la clínica le advirtieron que si no cancelaba un saldo pendiente se verían en la obligación de suspender el tratamiento de su madre. No le quedó más opción que regresar a venderse a los precios exclusivos que ameritaba su belleza, pero a un costo demoledor para su amor propio.

La esperaba a las afueras del prostíbulo consumiéndome en una caldera de celos. Salía en la madrugada en un silencio que no me atrevía a violar. La abrazaba, le susurraba al oído lo enamorado que estaba de ella, le besaba las mejillas heladas, cargaba con sus despojos hasta mi casa y guardaba su sueño acariciándola como a una niña de meses, hasta que la luz de la tarde invadía la habitación y teníamos que irnos a trabajar.

Los sacrificios con que acepté el amor me enfrentaron a una realidad que nunca traté de eludir y eso me dio una madurez y un raciocinio de hombre mayor. No por eso dejé de querer como un niño tonto. Congestioné a Consuelo con poemas y cuentos de amor, que desde luego le parecieron geniales, pero que yo sabía que no eran más que pinceladas mediocres trazadas con afán, con la sangre hirviendo y arrebatado por la pasión, cosa que creo muy perjudicial a la hora de escribir, pues la pausa y la reflexión son tan necesarias en el artista como el talento mismo.

La atiborré con tantos metros de papeles dedicados a nuestro amor, tantas palabras le ofrecí al tiempo como una inundación y tan insatisfecho me era aquel trabajo en términos artísticos, que un día me convencí de que mi ciencia era inútil

para codificar mi sentimiento, y mi pluma se silenció. La amé con una entrega tan abnegada, que creí que mi camino no era la literatura sino ella. Me olvidé de mis lecturas, archivé sin dolor un proyecto bastante adelantado para una novela y me consagré a Consuelo de una forma irracional. No la dejaba sola un momento, la besaba cada vez que podía sin hartarme nunca, la imaginaba envejecida a mi lado y me arrancaba la piel esperando a que saliera de las manos de aquellos canallas que vertían en ella la lujuria que no saciaban con las madres de sus hijos.

Un miércoles llegó a su turno más temprano que de costumbre, y me hizo señas de que necesitaba hablar a solas conmigo. La noté preocupada, inquieta, sin saber por dónde empezar. “Anoche soñé”, dijo. Me ahorró las extravagantes minucias de la experiencia y fue directo al grano. “Esta semana tu padre morirá”, sentenció. Dos días después, angustiado de que mi padre no hubiera vuelto a la casa a dormir, fui a buscarlo a la taberna donde solía gastarse cada centavo que le daba, no tanto por generosidad como por sacármelo de encima. Estaba desparramado sobre una mesa. Olvidado de la profecía de Consuelo, creí que él dormía los efectos de una borrachera épica, pero al mecerlo para que despertara sentí el horror de haber tocado un témpano de hielo.

En su tumba lloré arrepentido. Sentí que tenía algo de culpa. Pude ayudarlo a abandonar el alcoholismo con paciencia y tolerancia, y preferí largarme a leer. Pude recogerlo de su infierno, y me entregué hasta el fondo a un amor que me absorbió el poco que podía dar. Si bien fue la voluntad de mi padre la que dio los pasos equivocados, la mía no asumió de corazón la responsabilidad de corregírseles, y lo dejé abandonado como a un patito inflable en una borrasca y cuando volví no quedaban ni los retazos.

Ahí no pararon las desdichas. Una semana después Consuelo temblaba fuera de control.

-Qué soñaste ahora- dije mientras el sudor me caía a baldados.

Esta vez sí me enredó en detalles cuyo sistema de interpretación sólo podía ser comprendido por ella.

-Soñé que un perro se comía dos malteadas de dedos recién cortados y que después de que se las bebió, se comió los vasos y se arrancó las patas a mordiscos.

-¿Qué significa todo eso?

Cerró los ojos y mientras le escurrían las lágrimas bajo los párpados le quitó el seguro a su granada:

-Mi mamá no podrá soportar más la quimioterapia.

En efecto, murió dos días después. Esperé un entierro difícil y por fortuna me equivoqué. Pues Consuelo, a diferencia de la mayoría, afrontó el duelo con una entereza y un valor que alguien que no la conociera confundiría con la indiferencia. Ni siquiera se le escapó una lágrima cuando cayeron las primeras paladas de tierra sobre el ataúd.

-No sabes lo tranquila que me siento de que por fin haya concluido el horror de mi madre –me dijo de camino a la casa-. Ahora, esté donde esté, tiene que ser algo mejor que el infierno de esta tierra.

Cuando Consuelo y yo empezamos a vivir juntos fuimos tan felices, que agradecemos todo el dolor por el que habíamos pasado, porque gracias a él

nuestros caminos se entrecruzaron y ahora dábamos los mismos pasos en una misma dirección. Ella ya estaba libre de su antiguo empleo de ignominia y en el supermercado le habían dado un pequeño ascenso. Yo seguí empacando como siempre e irradiaba la alegría del que recién se ha ganado el premio mayor, con la diferencia de que estaba seguro de que mi ánimo en alto no tendría por dónde fugarse.

Me desembaracé de toda ambición literaria, procurando que no sobreviviera una sola huella. Abandoné la lectura sin el menor cargo de conciencia y quemé mis cuentos más pulidos y notas bastante adelantadas sobre una novela que llevaba años de gestación. Cuando le mostré a Consuelo las cenizas y le dije a qué pertenecían, me recriminó con rabia y expresó que había cometido un gran error.

-No me preguntes cómo pero sé que serás escritor –dijo-. Nadie, por más que quiera, puede rehuirle a su destino. Es una lástima lo que hiciste. Ahora te va a tocar arrancar desde cero.

-No lo haré. Quiero dedicarte todo mi tiempo y todas mis energías. Esta vaina de la literatura me estorba para quererte.

-Lo que has hecho nos saldrá muy caro a los dos.

Desde entonces se empeñó en que retomara la escritura. Me decía que lo hiciera siquiera por distracción. Quise complacerla y tuve algunas ideas que me parecieron prometedoras, pero cuando tomaba el lápiz y abría el cuaderno de escolar era incapaz siquiera de esbozar las cartas kilométricas o los poemas encendidos de los inicios del amor. Olvidé las palabras vitales del primer renglón de mis nuevos cuentos, sus estructuras narrativas se desmoronaron y sus

personajes, pensados por semanas, no sólo me parecieron desprovistos de un sólo cartílago de realidad, sino que a última hora naufragaban en un pantano de improvisación. No me esmeré como antes en la obstinación de vencer la página en blanco, y me rendí con placer a las imágenes en tumulto que aplastaron mi arte sin porvenir: Consuelo ofreciéndome los labios, Consuelo llevándome de la mano a través de la oscuridad de la incertidumbre, Consuelo entregándome su cuerpo de ensueño, Consuelo ahogada de ternura en el mar de rosas que yo volcaba en nuestra cama en las mañanas de su cumpleaños.

En ese momento comprobé de una vez por todas que mientras ella estuviera a mi lado no tendría la más remota posibilidad de completar siquiera una historia de una página. No me alarmé ni me importó, por supuesto. El anonimato al lado de Consuelo era mi mayor triunfo. A ella, sin embargo, aquella incapacidad creativa le pareció tan mala como uno de sus sueños aciagos.

-Éste es un signo temible – me dijo un día -. Espero lo peor. Júrame que te esmerarás por escribir. Júramelo por tu madre.

A pesar de que sus ruegos me parecían exagerados y de que más de una vez hice una broma al respecto, traté de complacerla. Sin embargo, no solo no conseguí dos líneas capaces de despertar mi entusiasmo, sino que me fue imposible juntar seis palabras de forma coherente.

Consuelo por poco enloquece cuando lo supo. Cuando alegué diciendo que no era para tanto, me respondió: “Tú no me entiendes y creo que es mejor así. Pero por favor, no desistas”. Aquella obsesión para que yo hiciera algo que no quería y para lo cual estaba impedido por la fuerza de succión de un amor sin límites, sólo pude comprenderla el día más difícil de mi vida. Consuelo despertó con un llanto

de huérfano. Le temblaban las manos bajo la sábana, buscó mi abrazo con urgencia y al encender la lámpara de la mesa de noche le vi el rostro apesadumado por el pavor del pánico.

-No te imaginas lo que acabé de soñar- dijo apenas se calmó un poco-. Fue algo terrible. El mensaje fue muy claro: si no nos separamos hoy es seguro que morirás antes de dos meses.

Hizo una maleta a la carrera, y se enfureció cada vez que se la desbarataba. Cuando fue demasiado evidente que no me rendiría, optó por salir a la puerta con lo que llevaba puesto. Fue tanta mi sorpresa, que la saturé de todo tipo de razones y de ruegos para detenerla, pero resistió mis asedios en pie, sin que su entereza se viera en el más mínimo riesgo de vacilar. La seguridad de los pasos fatídicos que empezó a dar para desaparecer de mi vida, me hicieron abrir los ojos a la insoportable verdad de que ningún recurso sería válido para que se echara atrás. Con Consuelo ya en la calle, no me quedó más alternativa que rendirme y aceptar que tendría que acostumbrarme a vivir amándola y a hacer el esfuerzo de no buscarla. En lugar de una separación desgarradora y escandalosa, al final preferí agradecerle con el alma por los años inolvidables en su compañía y por haberme demostrado que los hombres condenados a la soledad no siempre están excluidos del placer de un amor grande.

El beso de despedida fue largo y ambos lo cortamos cuando era demasiado evidente que estaba adquiriendo una temperatura de cama. Mientras las lágrimas me escurrían no me privé de recordarle que cuando nos conocimos me había dicho que sus sueños le revelaron que yo era el hombre de su vida.

-No me retracto de eso – dijo -. El problema es que yo no soy la mujer de tu vida. Ya llegará el momento en que la conocerás. Por su belleza muchos hombres la querrán, pero ella te está destinada y no habrá nadie que pueda cambiar eso. Tan pronto la veas la reconocerás. En sus ojos anida la ternura, la generosidad y la nobleza, y no habrá mejor madre en el mundo. Es delicada e inteligente, y no dudo de que con ella serás tan dichoso que algún día agradecerás que me haya ido.

Cuando se confundió con el horizonte sentí que sería imposible que reanudara mi vida. Fue un duelo corto, pero de unos estragos incalculables. En tres semanas lloré y bebí tanto como mi padre en sus días peores. Cuando me convencí de que la ausencia de Consuelo era un asunto irremediable, mi depresión sufrió un impulso vigoroso por el terror de que la soledad me tendría en su puño hasta consumir mi último aliento. Mi descenso en picada parecía reacio a cualquier esfuerzo por atajarlo, hasta un domingo en que, harto de andar borracho y más por distraer el ocio que por interés, abrí una de las novelas que, desde la adolescencia, había revisado con el destornillador en la mano, pues tenía el propósito de desentrañar los secretos de su composición. Apenas la concluí seguí con otra y otra más, todas obras grandes, todas material vivo que me fueron regenerando el paladar, reconstruyeron mi relación con la literatura y resucitaron los sueños muertos de escribir.

Quise retomar la escritura de los cuentos a los que les había prendido fuego, y tomé numerosos apuntes e incluso esboqué los párrafos del arranque y algunos otros de momentos posteriores que me parecieron cruciales, pero a la hora de hacer las versiones definitivas sentí que arrastraba un peso muerto que estorbaba mis progresos. Enmudecí, aterrado con que tal vez no había conseguido derrotar

mi incapacidad creativa, hasta que se me ocurrió ponerle la cara al periodo más difícil de mi vida y librarme del taco que tenía en la garganta y que me estorbaba para ser feliz. Fue entonces cuando decidí contar mi historia de amor con Consuelo.

Cada línea constituyó un desafío, no por su nivel de dificultad, sino porque tenía lugar la remoción de sentimientos que creí que ya reposaban en paz. Fue un desahogo a fondo, el más grande y liberador, que me permitió al fin soltar cargas, tomar aire fresco y enfilar mis fuerzas hacia la que espero sea mi primer obra literaria. Todo está listo, el horno está encendido, los ingredientes están completos, las instrucciones me las sé de memoria. Pero de ninguna manera podía empezar, jamás habría dado el primer paso, mientras no enfrentara mis demonios y les demostrara que ya no sólo no me intimidaban, sino que habían sido fundamentales para que de una vez y para siempre retomara un camino que ahora sé que no abandonaré jamás.

6.4 Habitantes de los mundos

Me gradué del colegio con honores máximos, y no sé cómo pude sobrellevar hasta el fin la farsa de la sorpresa cada vez que me llamaban a recibir un nuevo reconocimiento y cómo pude mantener vivos los gestos entusiastas con que procuré agradecer la generosidad de todos. No había hecho algo extraordinario, por demás, al obtener calificaciones casi perfectas entre un grupo de compañeros cuya mayor distinción consistía en asistir el lunes a clase con puntualidad, luego de un fin de semana repleto de desmanes. Consciente de que sólo un rendimiento arrasador en mis estudios podría librarme de la mezquindad y de las migajas de amor de una madre a la que jamás le importé, hice mis tareas con un rigor perfeccionista y a veces entregando más de lo que me pedían. Me resistí a dilapidar mi tiempo en fiestas que se extendían hasta la salida del sol y en relaciones con hombres que aspiraban al trofeo de mi virginidad, de modo que al final no me tomó por asalto la noticia de que, por mi notable desempeño en las pruebas de Estado, se me adjudicó, a pesar de que mi madre tenía dinero de sobra, una beca para la universidad, además de algunos recursos para que mi manutención no se viera en el riesgo de pasar por un periodo de incertidumbre.

Me trasladé a Cali deseando interponer entre mi madre y yo una barrera de cientos de kilómetros que le sirviera como un pretexto de peso para no visitarme. Le dije que me había matriculado en medicina en una universidad privada, pero en verdad había logrado arañar un cupo de milagro en la misma carrera en la universidad pública, y de ninguna manera lo iba a perder. Encontré una habitación en una lata de sardinas con pretensiones de apartamento en San Fernando, ubicado a solo cinco minutos de caminata de la universidad. Sandra, quien estaba instalada allí hacía más de cinco años, quiso subalquilarme por una suma

desmedida con la que quería vivir a mis costillas. Luego de discutirlo mucho y de ver que estaba resuelta a irme, aflojó un poco y acordamos una cantidad que, al menos, me dejó la satisfacción de no sentir que abusaban de mí.

Sandra era una estudiante de literatura que ya había cursado los diez semestres reglamentarios, pero la vida nocturna, la falta de orden y disciplina, y los amores de ocasión con hombres y mujeres, le habían hecho perder materias y tiempo valioso, y tendría que hacer otros diez semestres con algo de juicio para ilusionarse con el diploma. Creí que con ella encontraría cierta afinidad intelectual y que podría darme algunas luces sobre mis novelas de cabecera, pero su nivel cultural era más el de un discreto estudiante de secundaria que el de un mediocre universitario. Malgastaba horas de horas tomándose una selfie tras otra (las que se tomaba en la biblioteca fingiendo leer me hacían estallar de risa), y no las había terminado de subir a las redes sociales cuando ya tenían decenas y decenas de *likes*.

Su atractivo era más bien escaso, aunque tenía una figura que no estaba mal si se tiene en cuenta que odiaba ejercitarse. Era simpática y amable conmigo, pero me parecía que era algo que en el fondo estaba teñido de cierta impostura. Le costaba ocultar la contrariedad que le causaba el modelo de mi celular o la marca de mis zapatos deportivos o la esclava de oro que me ataba al tobillo, y jamás obtuve un comentario o un mísero *like* a mis publicaciones en Facebook. Sin embargo, nuestra relación estaba lejos de ser hostil. Yo ponía más paciencia de la imaginable para que ante todo perdurara la diplomacia, y no le prestaba demasiada atención a la pérdida de algunas monedas olvidadas en la mesa o de uno que otro short que de pronto se esfumaba del tendedero.

Desde la primera semana Cali me pareció una elección aún más acertada que estudiar medicina, no sólo por el clima ardiente que tanto me reconfortó luego de años de vivir vapuleada por el frío y cegada por la niebla de la mañana de la ciudad montañera donde crecí, sino porque la distancia me permitió construir con mi madre algo que podía pasar sin demasiados problemas como una amistad incipiente. Hablábamos una o dos veces por semana sin tocar temas muy personales, y nunca cesó de girarme a final de mes un auxilio que me parecía de burla por el tamaño de sus recursos, pero que era esencial para complementar el que me daba el gobierno.

Acostumbrada al éxito fácil en el colegio, me dolió reconocer que en la universidad las cosas no marcharan igual. Me pasaba el día completo entre mamotretos de casi mil páginas que sólo cerraba cuando advertía que, por más que tratara de leer, el cansancio no me dejaba darle sentido a las palabras. Obtenía calificaciones que no eran para desdeñar, pero no bastaban para que ocupara los primeros lugares. No me quedó más alternativa que resignarme, aunque en el fondo siempre estaba a la espera de la caída de alguno de los de arriba para destronarlo de un zarpazo.

Transcurrieron dos años en los que mi entrega a la carrera hizo que cada día fuera como una repetición del anterior. Hasta que mi madre me llamó para darme una mala noticia. “Tuve un problema muy serio con unos socios- dijo con frialdad-, y quiero que sepas que en adelante no voy a poder enviarte un centavo más”. Por cortesía, aunque intuyendo la respuesta, le pregunté por algunos detalles del caso. “¡No sé cuándo vas a dejar de ser tan metida! –gritó-. Lo único que quiero es que entiendas que te toca entenderte por ti misma. Conmigo ya no cuentas para nada”.

No fue difícil encontrar un trabajo de medio tiempo como mesera en un restaurante de comida criolla donde los clientes reclamaban hasta por un tomate mal cortado, pero se sacaban propinas jugosas que ayudaban a reprimir el impulso de lanzar a todo el mundo por la ventana. Mis estudios sí se vieron afectados por mis turnos, y vi con estupor cómo mis calificaciones finales fueron suficientes para pasar sin el más pequeño margen de error: un milagro que no era producto de mis noches en vela, sino un gesto de compasión de mis maestros. Para el siguiente año decidí matricular sólo la mitad de las materias. Mejoré de nuevo mi desempeño, aunque ardía de rabia al comprobar que era la única que se retrasaba. A veces hacía el intento de llamar a mamá. Su celular siempre estaba en el buzón de mensajes y había cerrado su cuenta de Facebook. Más por el vínculo de sangre que nos unía que porque lo quisiera de corazón, me empeñé en localizarla a través de un par de conocidos suyos cuyas pesquisas no dieron resultado. Sólo volví a saber de ella luego de un tiempo cuya precisión tengo el temor de establecer.

Una mañana de domingo Sandra interrumpió mi lectura porque necesitaba tratar conmigo un asunto urgente. “Es algo delicado. A ver si me entiendes”, dijo. Sus padres vivían en Pasto y se rompían el pescuezo trabajando de sol a sol para mantenerla con holgura y ayudarle para que se enfocara en la universidad y pudiera graduarse con prontitud. Habían pasado más de siete años desde que entró a literatura y ellos, luego de comerse mentira tras mentira, terminaron por hartarse. Habían venido a Cali sin avisarle, fueron a la universidad y no tuvieron que indagar demasiado para enterarse de que Sandra había sido expulsada por bajo rendimiento. En represalia determinaron no darle un centavo más y

condicionaron que la relación con ellos sólo se reanudaría cuando les llevara a la casa su diploma de profesional.

-Me descubrieron hace ocho días –dijo Sandra-, y como te puedes imaginar no tengo ni mil putos pesos para el MIO.

Quería que le ayudara con dos cosas. La primera, a conseguir trabajo en el restaurante; la segunda, que le prestara dinero para el arriendo.

-Con lo del restaurante no creo que haya problema –dije-. Allá siempre están necesitando gente. Con lo del arriendo pienso que lo mejor es que te adelante lo de tres meses, así no vas a mantener con la angustia de que apenas me veas va a ser para cobrarte- le dije en un tono juguetón.

Me miró divertida antes de responder:

-¿Quién dijo que yo te voy a pagar? A los ricos nadie debería pagarles.

Días después trabajaba de mesera en el mismo turno conmigo. Le faltaba un poco de paciencia y esforzarse para sonreír aún cuando le preguntaban datos elementales como la hora o la fecha del día, o le solicitaban una bolsita para las sobras, o una silla más limpia, o una comida que las moscas hubieran mirado menos. Y eso repercutía de modo dramático en sus propinas, cuya monto era fácil imaginar porque a la salida nunca me esperaba, a pesar de que algunas veces se lo pedí con ruegos de niña.

Cuando volvía de clase o de mis prácticas Sandra nunca estaba en el apartamento. Solía llegar a la medianoche con el pelo revuelto, apoyándose en la pared, riéndose a carcajadas y en compañías que no siempre eran las mismas. Desde mi habitación era fácil oír sus gemidos sin sosiego mientras tenía sexo, y en

varias ocasiones el vibrante camino hacia la plenitud de su placer mayor me alentó a buscar el mío a dos manos. A la mañana siguiente, sin importar que hubiera pasado la noche de largo en una cama que no aguantaba un embate más, siempre estuvo lista para el trabajo, tan radiante como si se hubiera acostado temprano, y la inquietud de saber cómo lo hacía no me dejó en paz hasta una mañana en que por accidente derramé la basura y encontré un par de bolsitas con vestigios de cocaína.

Una tarde, tras la queja de un cliente a quien Sandra no trató con la suficiente deferencia y prontitud, nuestro jefe le hizo un pequeño llamado de atención y le pidió que fuera a la mesa a disculparse. Ella frunció el ceño, se le coloreó la cara y botó el aire en un solo movimiento enérgico. Fue tan evidente que lo que se venía no podía ser algo bueno, que nunca me expliqué por qué yo, que estaba tan cerca de ella, ni ninguno de mis compañeros se atrevió a detenerla a tiempo. Tal vez no pensábamos que podía llegar a tanto.

-Me han pedido que venga a excusarme con usted por mi servicio- le dijo al cliente.

-Así es. Usted no sabe quién soy yo ni el renombre literario que me acompaña -respondió el señor-. Ha sido usted no solo descortés, sino que al no atenderme como se debe y en el momento en que se debe, me parece que desconoce todo lo que he hecho por este país de desagradecidos.

-A lo que vengo es a darle un motivo para que se queje de verdad- dijo Sandra.

Tomó el jugo y se lo derramó al señor escritor, que se quedó estupefacto mientras el líquido le pintaba una camisa celeste que a lo lejos se veía que no todo el mundo podía comprarse. A continuación levantó el plato fuerte y se lo lanzó a la

cara con tanta fuerza que no sé cómo no lo hirió. El hombre se levantó airado y empujó a Sandra con ferocidad. De seguro habría provocado un estropicio en una mesa próxima, de no ser porque en su caída Sandra terminó en las manos de unos compañeros que habían acudido a interrumpir el altercado. Tuvieron que esforzarse para contenerla y evitar que se lanzara como una leona sobre aquel pobre escritor embadurnado de comida, cuya mejor decisión fue escapar con su acompañante a toda carrera, sin pronunciar una sola palabra de desahogo.

A Sandra, que lanzaba patadas a diestra y siniestra, usaba las manos como garras y escupía los más irreproducibles denuestos, la trasladaron a la cocina para tratar de calmarla. Luego de unos minutos parecía haber recobrado el dominio y con él la confianza de sus captores, que hasta poco antes la habían custodiado como si se tratara de un peligroso delincuente. Relajaron aún más la guardia y se distrajeron hablando de la pelea reciente, convencidos de que todo estaba bajo control. Hasta que Sandra se incorporó de repente con un solo movimiento de depredador, se robó un cuchillo y salió de la cocina y del restaurante a toda carrera mientras gritaba:

-¡Lo voy a matar! ¡Lo voy a matar!

Por un momento pensé que el error de que yo hubiera recomendado a Sandra pesaría menos que mi más que aceptable desempeño como mesera, pero al final del turno no sólo me despidieron, sino que ya me tenían lista la liquidación, más una pequeña cantidad de dinero extra, como para que no tuviera motivos para regresar a hacer reclamos. Volví al apartamento un poco antes de que anocheciera y esperé a Sandra con el corazón dando tumbos, deseando que me diera explicaciones o al menos una disculpa. Me alteraba tanto de sólo imaginarme

el escenario enardecido en el cual discutiríamos, que ni siquiera su tardanza ayudó a que concibiera uno en el que se presentara un diálogo que guardara algo de cordialidad. Traté de distraerme con el estudio, pero carecía de ánimo para tomar notas con las cuales, como acostumbraba, se supone que escribiría un resumen que me fuera útil para evitar relecturas. Quise leer un par de capítulos de una novela sin mayores méritos que me daría un buen estímulo para dormirme pronto, pero no tenía tanta benevolencia, y preferí conectarme a internet. Sandra estaba en Facebook. Fui directo a lo que me interesaba.

-Estoy aquí en el apartamento –le escribí-. Quisiera que habláramos sobre lo que pasó en el restaurante.

Se tomó su tiempo, hasta el punto de que alcancé a darme un baño rápido para relajarme, cuando contestó:

-No creo que haya nada de qué hablar. Lo que pasó es problema mío, no tuyo.

-Por tu culpa me echaron.

-Pues son unos hijos de puta –escribió-. Yo fui la del problema. Allá tú si te la dejas montar.

-Fui yo quien te recomendó –le respondí-. Se supone que te conocía más o menos bien y que, de alguna manera, me correspondería algo de culpa si llegabas a meter la pata, tal y como pasó hoy.

-Usted no sabe quién soy yo –me contestó-. Ni se imagina.

-Quién eres entonces.

-A usted qué diablos le importa. No sea sapa.

-Me importa porque llevo años viviendo contigo y no saber quién está a tu lado me llena de inseguridad y hasta me da un poco de miedo.

-¿Miedo no más por lo de hoy? Yo soy capaz de lo que sea. Si me toca, no me temblaría la mano para matar. A usted, por ejemplo.

Hice una pausa, presa de una sensación que era el resultado de la mezcla entre una pequeña dosis de escepticismo con una cantidad masiva de pánico. Con Sandra había tenido un trato en el que la diplomacia nunca se vio en el riesgo de ser depuesta por la amistad. Creo que el problema no fue de ella sino mío, que entre tantas ocupaciones apenas si tenía tiempo de saludarla y de mantenernos al tanto de aspectos muy básicos de nuestras vidas. Y eso, sumado a mi tendencia a una soledad que aprovechaba para leer y escribir dos o tres cosas que desde luego estaban desprovistas del menor atractivo literario, imponía entre ambas una distancia que jamás, ni siquiera en mis cálculos más pesimistas, pensé que degeneraría en una situación amenazante para mí.

Estuve tentada a terminar con la conversación de forma abrupta, pero desistí cuando estimé que lo mejor era aclarar las cosas. No quería que Sandra y yo quedáramos en malos términos por culpa de unas palabras que bien podrían ser una broma pesada. Me disponía a contestar en términos prudentes cuando Sandra se anticipó y me volvió a escribir:

-Oiga, loquita, no me diga que ya se cagó del susto. No me pare bolas. Al único al que estaba dispuesta a cazar y a volver picadillo era al puto ese que se me voló hoy.

-Es que sonaste muy en serio y eso no me parece bueno si vivimos juntas – respondí-. La verdad es que eres muy rara.

-¿Y qué? ¿Algún problema con eso? Si no le gusta vivir conmigo pues lárguese que yo veré cómo me las arreglo.

-Eso es lo que quiero hacer –escribí apresurada-, pero quiero que sea al derecho. ¿Te parece si mañana hablamos con tranquilidad y cuadramos cuentas y la semana que viene me voy?

-Yo estaría dichosa si usted hoy mismo se abre del parche.

Sólo concilié el sueño durante lapsos que no lograban darme ni siquiera el reposo de una siesta. Me revolvía en la cama pensando en la agresividad de Sandra, en las sorpresas que me había deparado su carácter y en si me esperaban descubrimientos que pudieran constituir un peligro para mí. ¿Cómo reaccionaría cuando me viera con las maletas en la puerta, considerando sobre todo que ella no tendría forma de hacerle frente a sus gastos en el corto plazo? ¿Me arrancaría el pelo a mechones, arrojaría mis corotos por la ventana, me aturdiría con gritos e insultos, me golpearía hasta la inconsciencia? Eran escenarios que cuando los consideraba con un mínimo de seriedad, no sólo me parecían extremos, sino un síntoma concreto de lo insegura que me empezaba a sentir. No me retractaría de mi decisión de irme. Por el momento no tenía idea de adónde, pero el término de una semana era más que suficiente para hallar un lugar cómodo.

Los objetos de mi cuarto empezaban a abandonar la penumbra de la madrugada, empujados por una luz que poco a poco los hacía recobrar su forma y tamaño, cuando Sandra entró al apartamento luego de abrir la puerta con tal violencia, que no tuve dudas de que la embriaguez le había tomado ventaja. Reía con tanta fuerza que pensé que no se abandonaba a un buen chiste o a un

recuerdo divertido, sino que pretendía estorbar mi descanso para provocarme a confrontarla.

Me acerqué a la puerta con precauciones de delincuente, y por un momento sentí tan intenso el martilleo de la sangre en las venas del cuello, que temí que me delataría. Abrí lo suficiente para ver con un ojo entrecerrado, y me cuidé de no soltar la perilla por si había que cerrar a la carrera. Sandra había llegado con Pablo, uno de sus amantes más antiguos y con quien solía aparecer en Facebook bailando y tomando cerveza. Se quedaron en la sala dándose besos largos, jugosos y sonoros, cuyo mayor defecto era que contagiaban la fiebre imprudente de verlos. Se encontraban justo en mi ángulo de visión y parecían a punto de devorarse el uno al otro, y no entendía cómo no perdían el aire. De pronto ella lo apartó con brusquedad y le dijo: “Pásame el perico”. Abrieron en el comedor dos bolsitas sobre cuyo contenido se precipitaron. Fue como un elixir que les reverdeció el deseo y les renovó los ímpetus. Él se abalanzó sobre el cuello de Sandra y mientras la besaba le introdujo las manos en el sostén y no le acariciaba los senos, sino que se los aplastaba con torpeza, como si quisiera empujarla. Ella se liberó del martirio bajándose la blusa con tal rudeza que las tiras se desgarraron. La luz aún estaba lejos de enseñorearse por completo del mundo, pero la que pasaba a través del muro tenue de la cortina bastó para verle a Sandra unos senos que, de forma prematura, empezaban a obedecer a la fuerza de succión de la tierra. La desnudez de Pablo lo convirtió de pronto en un adolescente de pecho hundido y brazos y costillas adheridas al pellejo. Sólo un bigote muy delgado de pelusas largas y el rostro de facciones duras y afiladas conseguían darle el aspecto de un adulto. Habría parecido poco apto en términos de fuerza para hacer feliz a una mujer, si no fuera porque estaba dotado con una

herramienta de trabajo que podría acabar incluso con la sequedad de las tierras más áridas.

Sandra se recostó en el sofá, abrió las piernas y él la penetró con la fuerza y la intensidad de un taladro. Debo admitir que aquella gala, de seguro ofrecida en mi honor, me sembró la idea de complementarla a la distancia. Tal vez el propósito de Sandra era molestarme, hacerme pasar un momento de indignación y rabia, pero había conseguido un resultado imprevisto. Me lancé a buscar mi propio desahogo, y pellizqué los pezones de mis pechos como frutas de gigante y casi pierdo una mano en el marasmo de aceites bullendo de mis entrañas. El camino a la cima fue tan intenso y absorbente, que me olvidé incluso de lo que Sandra y su amante hacían frente a mis ojos, y me apuré cada vez más y excavé cada vez más hondo y fuerte, no tanto por la impaciencia como porque sentía que no podía vivir más, hasta que colapsé con un grito de júbilo grande.

-¡Vaya, vaya, vaya!- escuché de pronto a Sandra con una voz divertida- Yo sí decía que estas mojigatas resultan de los más putas.

Cerré la puerta tan rápido como pude. No sabía qué emoción era más agobiante, si la rabia de haber descuidado la puerta, que casi que estaba abierta de par en par, o la vergüenza de que me hubieran sorprendido desnuda en la plenitud del orgasmo. Pensé en salir a protestar a todo pulmón no sólo por el acto de sexo público de ellos, sino por lo que estimé era una inaceptable invasión a mi privacidad, pero no me creí capaz de sobrellevar tanta hipocresía hasta el fin. De regreso en la sala, Sandra y Pablo reían a carcajadas. No soportaba un segundo más en el apartamento. A la carrera hice un par de maletas con más de lo necesario para no pensar en el regreso, y salí del cuarto aparentando una falsa

dignidad y tratando de no fijarme en que aspiraban cocaína sobre la mesa con la potencia de un aparato eléctrico.

Había dado un par de pasos cuando Sandra se atravesó con una prisa llena de torpeza que me condujo a intuir un propósito violento, y lo solté todo para tener las manos listas para la defensa. “¿Se puede saber para dónde va la señorita?”, dijo ella con un aliento donde predominaba el alcohol de una forma tan repugnante, que debí girar el rostro para no darle a la nausea la oportunidad de prosperar. “Me voy para donde yo quiera”, respondí un poco titubeante, “ya no aguanto más estar aquí. Por el dinero que me debes no te preocupes. Haz de cuenta que estamos en paz”.

Volví a tomar mis maletas, pero Sandra, que seguía desnuda, no se apartaba de mi camino. “No pues, tan querida esta ricachona, ahora resulta que me va a tocar darle las gracias”, dijo tambaleándose un poco y relamiéndose los labios resecos. “No tienes que agradecerme nada. Sólo quiero que quedemos en buenos términos”, dije. Se me acercó con una mirada un tanto coqueta y traviesa, me puso una mano en la nuca y ejerció un poco de presión para acercar mi cara a la suya, pero resistí sin ceder un centímetro.

-¿Por qué más bien no te quedas?- dijo, tratando de seducirme-. Las locuras que podemos hacer los tres serían como para una película porno.

Y en un movimiento de relámpago que no me parecía posible por su condición, me bajó la blusa, y mis senos quedaron al aire. Cuando estaba por alcanzar mis pezones con su boca di un paso hacia atrás y le propiné una cachetada cuyos estragos me dejaron atónita. Pues Sandra salió despedida, perdiendo la fragilidad de su equilibrio y estrellando su cabeza contra la pared. En mi desconcierto temí

que el estruendo del golpe seco sería de consecuencias irreparables, y en mi calidad de casi médica primó el instinto por auxiliar en lugar de mi instinto por ponerme a salvo.

No hubo necesidad de nada. Estaba próxima a tomarle el pulso, cuando abrió los ojos, emitió un gruñido de rabia, arqueó sus manos hasta que las amoldó como garras y me atacó con fiereza. A pesar de que era fuerte y capaz de desencadenar oleadas de furia ciega, sus excesos le habían pasado factura, así que me fue fácil detener sus embates, y riposté con una andanada de golpes, jalones de pelo y arañazos que pronto redujeron su efervescencia hasta la indefensión. Mientras pasaba esto, Pablo permaneció inmóvil en la mesa, quizá divertido, quizá disfrutando de aquella escena de dos mujeres desnudas luchando hasta perder el aliento.

Me incorporé y me arreglé la blusa antes de irme. Sandra, desde el piso, no dejaba de insultarme y de prometerme (casi bostezaba al oírla) que me iba a matar de un modo tan brutal que me seguiría doliendo en la tumba. Miré a su amante y como excusándome, le dije: “Ella se lo buscó”. Él, que en la mesa jugaba al péndulo con una botella que sostenía por el cuello, sonrió, pero no supe si fue a mí o a la visión que en ese momento le ofrecía la alucinación de las drogas. Con la confianza de sentir que ya había dejado atrás un episodio cuyo desarrollo pudo ser más atribulado, me dirigí hacia la puerta con mis maletas, con la compostura recuperada y el alivio de haberle dado a Sandra una lección de la que no paraba de quejarse.

Abrí del todo y me refrescó una ligera corriente de aire que ya no hacía parte del hielo de la madrugada, sino de la tibieza de una mañana que preveía ardiente.

Empezaba a traspasar el marco de la puerta, cuando sentí que contra mi cráneo estalló a toda velocidad un objeto de vidrio: la botella con la que Pablo jugaba. Por un segundo tuve suficiente lucidez como para pensar que debía mantenerme en pie a toda costa hasta llegar al siguiente apartamento y golpear en la puerta hasta hundir la lámina, o al menos dar un grito de angustia pidiendo auxilio, pero antes de dar un paso o de abrir la boca me había desplomado sin remedio. Lo último que vi antes de desmayarme fue a Pablo dándome una lluvia de golpes demenciales en la cara.

Cuando desperté él me estaba violando, y Sandra nos veía desde una silla y nos filmaba con un celular. Traté de sacármelo de encima con las piernas y los brazos, pero les fue fácil contenerme y me dieron otra ración de puñetazos. Dejé de luchar y me resigné a que el tipo hiciera conmigo lo que quisiera hasta que yo recobrara un mínimo de aliento. De repente Sandra me sujetó las manos y el tipo me penetró con más violencia, hasta que se salió, se aproximó a mi rostro y eyaculó en mis labios. Sandra esparció la sustancia sobre mi frente, mejillas, nariz y mentón. Muerta de risa dijo:

-Ahora ya sé cuál es el secreto de la belleza de esta perra.

A Sandra le correspondió su turno en el ejercicio de la tortura. Me excavó con sus dedos en tentativas exploratorias que concluyeron con sus manos dentro de mis entrañas, ansiosas por asirse a lo que fuera para descolgarlo como un fruto maduro. Por desgracia, soportaba la intensidad del dolor en un estado más próximo a la alerta total que a un desmayo fulminante. Por unos minutos cesaron los abusos y yo ya me hacía a la esperanza de creer que había sobrevivido,

cuando me sentí atravesada por un palo de escoba que se abría camino a través de tantos obstáculos, que por fin sucumbí a la inconsciencia.

Ignoro cuántos vejámenes más había soportado sin el consuelo de la muerte, cuando volví en mí misma, lanzada a un abismo de dolor tras la explosión de un bombillo en mi vagina, cuyos fragmentos quedaron incrustados en el interior como clavos en una pared. La risa de Sandra se potenció por mis esfuerzos inútiles para incorporarme. A través de la fina línea de luz que no había cegado la rápida hinchazón de los golpes, pude ver a Sandra acercarse con la plancha en alto. Dejé de sentir dolor tras el término de la primera embestida, cuya violencia, sin embargo, no me privó de saber que los impactos mantuvieron un ritmo y una fuerza que sólo aspiraban a mi asesinato.

Había anochecido cuando me sorprendió el hecho de que, a pesar del número y la gravedad de mis lesiones, seguía atada a la vida por unos hilos que estaban a punto de no resistir más la tensión. Lo más probable era que Sandra me hubiera dado por muerta y que hubiera emprendido la huida, de modo que no abrigaba el terror de que pudiera aparecer de un momento a otro. Lo único que pude hacer fue moverme unos centímetros devastadores hasta la pared que dividía mi apartamento del apartamento vecino, y di unos golpecillos infantiles con la esperanza de llamar la atención de alguno de sus habitantes. Persistí con una determinación que no perdió el ímpetu del impulso inicial aún cuando nadie tenía la misericordia de responder. Me restaban las últimas gotas de energía, y decidí gastarlas incrementando la intensidad de mi llamado, como para enfatizar en la urgencia de ser auxiliada. Estaba por desfallecer en una renuncia que sólo podía significar la muerte, cuando del otro lado de la pared escuché una respuesta cuyo entusiasmo me contagió, aunque no fue suficiente para darme un último envión

anímico para la réplica. Antes de desmayarme de nuevo, pensé que tal vez no había hecho lo suficiente para que el evento improbable de mi sobrevivencia tuviera menos que ver con lo milagroso que con el pleno ejercicio de mis instintos.

Transcurrieron ocho semanas antes de despertar de un estado de coma acerca del cual nadie tuvo un pronóstico esperanzador. Pasaron dos meses más con una agenda colmada de cirugías y terapias de recuperación tan espantosas, que fue como revivir las torturas. Recibí las visitas de algunos compañeros de la universidad y del hospital donde hacía mis prácticas, con ninguno de los cuales tenía mayor vínculo emocional, salvo el que yo les confería como competidores a los que debía dejar atrás en el camino. Pero fueron buenos conmigo al llevarme novelas que sólo podían ser seleccionadas por expertos en el ámbito de la cultura. Aunque tenía el corazón deshecho y no quería saber nada de ningún ser humano ni en ese momento ni nunca más en adelante, fui incapaz de no depararles una sonrisa de agradecimiento y unas palabras que agotaron todos los lugares comunes. Incluso el encuentro con el vecino de mi apartamento que intuyó que algo andaba mal por mis golpes en la pared y que terminó salvando mi vida cuando llamó a la policía, me obligó a realizar una escena asqueante donde no cesé de exaltarlo como un héroe nacional.

Creí que el amparo de la lectura haría menos aciaga mi reclusión en la clínica, pero luego de un cuarto de hora debía cerrar el libro, presa de una angustia y una tristeza sin fondo que anulaban cualquier amago de concentración. Los recuerdos se convirtieron en experiencias vívidas que reeditaban mi tragedia por asaltos que, al principio, guardaban cierta distancia entre sí, de forma que al menos tenía un resquicio de tiempo para recomponer mis emociones. Me esforzaba por olvidarlo todo para reconstruir el camino de mi vida por un rumbo menos turbulento, pero el

ejercicio me alborotaba lo que pretendía dejar atrás, y regresaba para atacarme con más violencia, sin importar si estaba dormida o despierta.

Cuando el trauma escaló posiciones de poder hasta asumir casi sin trancas el gobierno de mi mente, no me quedó otro recurso que exagerar la gravedad de mis heridas en proceso de sanación. Los médicos expidieron una receta analgésica que me fulminaba desde temprano en la noche hasta bien entrada la mañana. Así me mantuve por un tiempo, hasta que ya no hubo dudas acerca de mi recuperación física, y se aprobó mi salida. Como mi caso tuvo resonancia en la televisión (tal vez por eso tantos vinieron a verme, esperando treinta segundos al aire para decir de mí cosas que no sabían) y se llegó incluso a promover un debate nacional sobre la pertinencia de sentenciar a cadena perpetua a quienes asesinen o abusen sexualmente de una mujer, la gobernadora del Departamento del Valle aprovechó para anunciar con bombos y platillos (tenía aspiraciones presidenciales) que yo no sólo quedaba exonerada de cualquier pago asociado con mi atención, sino que en adelante tendría el acompañamiento de los mejores profesionales en psicología, para que me recuperara del todo, y un subsidio que ella misma me concedía de su propio bolsillo durante el tiempo que se necesitara hasta el término de mis estudios universitarios.

En la persecución de Sandra y Pablo no hubo recurso que las autoridades escatimaran. Se tuvo noticia de que habían ingresado a Argentina de manera ilegal, pero fue imposible ubicarlos en el tumulto de la Copa del Mundo que se celebraba en el país, aún cuando por los medios se difundió información que los caracterizaba como delincuentes de altísima peligrosidad. Tras algunas semanas mi caso perdió interés, y cesó incluso el clamor desgarrado de los grupos feministas, reconducidos esta vez hacia la tragedia de una niña violada y muerta a

golpes por su padrastro. No me quedó más alternativa que habituarme de a poco al hecho de que no sólo no se me haría justicia, sino que sería imposible hallar una ocasión para vengarme de mis victimarios hasta dejarlos en cenizas.

Acepté el ofrecimiento de dos compañeras de la universidad, y me fui a vivir con ellas a una casa de más de un siglo en San Antonio, por cuyas calles empinadas jamás pude caminar sin sentir que me iba de bruces, pero donde el viento de los cerros hacía más sobrellevable la canícula de todas horas. Por un momento albergué la esperanza de que la calidez y la solicitud con que me rodearon, además del tratamiento médico que seguía con rigor, conseguirían imprimirle a mi recuperación un ritmo reactivo a movimientos de retroceso. Sin embargo, el trauma no sólo se obstinó en perseverar, sino que se agravó. Al principio veía, como si pasara de nuevo, las penurias de mi violación, revivía el impacto de los golpes, volvía a oír los insultos de patio de reclusión con que se me humilló. Todo el tiempo veía a Sandra dirigirse hacia mí con el cabo de la escoba apuntándome como una pistola y enterrármela de un solo envión en el ángulo en que producía más estragos. La vi morderse el labio inferior, excitada mientras no cesaba de presionar por horadarme con el bombillo, grueso como la cabeza de un recién nacido. La vi caer rendida luego de golpearme con la plancha y ser reemplazada por Pablo, quien se agotó aún más rápido, aunque ocasionando daños más severos. A ambos los vi haciéndome cosas que incluso me había librado de padecer, pero yo las asumí como acontecimientos reales de cuyas secuelas devastadoras no pude escapar. Los dolores en senos, vagina y ano, de acuerdo a los médicos, no tenían razón para perdurar luego de que hubieran pasado meses desde que me dieran de alta, pero yo los sentía martirizantes, aborrecibles, con vida propia, como entidades autónomas ajenas a los progresos

de la ciencia y a los mandatos de la voluntad. Estaba segura de que nada me podía arrebatar la idea de que no lograría soltar las cadenas de mi tormento insoportable, mientras perseverara en arrastrarme por la vida como un gusano urgido de compasión e incapacitado hasta para ganarse el pan por sus propios medios.

En mi primer intento de suicidio traté de intoxicarme con mi medicación. Ingerí un frasco completo cuyo efecto se fue a la basura cuando mis compañeras sospecharon que algo raro me podría estar pasando si no había salido de mi cuarto cerca del mediodía. En el hospital afirmaron que un par de horas más de tardanza habrían bastado para que el envenenamiento hubiera sido mortal. Me internaron en una clínica de reposo donde me sometieron a una vigilancia extrema. No me quedó más remedio que fingir una conducta ejemplar. Conseguí desarmar el régimen de cárcel y el rigor de mi custodia fue menos severo. Una mañana, durante una caminata –la propiedad era inmensa, con piscina, gimnasio, pista de arenilla para correr y ceibas cuyas raíces, tan gruesas como el tronco, estorbaban para un paseo-, hallé una piedra cuyos contornos eran filosos como cuchillos, y la guardé en mi puño de inmediato.

Una vez impartida la orden de dormir, empecé a trabajar en mi cuarto sobre mi muñeca, pero me faltaba fuerza para presionar con contundencia y muy pronto advertí que el instrumento no era el más idóneo. No estaba en mis cálculos que el dolor que debía soportar para morir sería tan agudo, que la alternativa detestable de seguir viviendo se mostraría como una experiencia menos molesta. Desistí cuando estimé que el intento de proseguir cortando no solo no lo podría sobrellevar más, sino que me expondría al riesgo de un llanto imposible de acallar con mordazas. Lo mejor era continuar con el teatro de mi recuperación mientras se

determinaba que estaba en condiciones de incorporarme de nuevo en sociedad y autorizaban mi salida.

Lo logré poco después, aunque con una serie de compromisos que habrían sido más laxos si mi situación no hubiera sido de conocimiento público. Los ojos de las pocas amistades de misericordia que me siguieron soportando estuvieron sobre mí con una generosidad que me parecía tan impostada como mi mejoría. De modo que no fue nada fácil encontrar un espacio para verme libre de todo tipo de invitaciones a las que acudía después de muchos ruegos y con las que querían distraerme de la ejecución de mi proyecto. A veces hasta regalaba una o dos sonrisas en esas salidas, no tanto por agradecimiento como por minimizar las sospechas. Sólo empezaron a admitir que yo estaba en el camino que medio mundo me había trazado sin intuir lo que yo quería de veras, cuando tuve listo mi reingreso a la universidad.

El primer día de clase no pude reprimir un estremecimiento de tristeza cuando me despedí de las compañeras con las que compartía la casa. “Han hecho mucho por mí y no hay manera de pagarles -les dije con los ojos encharcados-. Trataré de no defraudarlas”. En el camino a la estación del MIO consideré por un segundo si no era mejor probar a ver cómo me sentaría al menos una semana en la universidad, aunque fuera por los que me ayudaron. “¡Qué estúpida! -pensé casi al instante- como si me quedara corazón para aguantar un día más”. No me tembló un solo nervio cuando tomé la ruta que me dejó a un par de cuadras de la Torre de Cali, un edificio que en sus tiempos de gloria fue uno de los más altos del continente.

En el camino del ascensor no me sentí ni ansiosa ni alterada. Apenas puse un pie en el piso 40 hice un barrido con los ojos, y me asombró advertir que no había casi nada que se interpusiera en mi determinación, salvo una ventana que procedí a abrir y a la que me encaramé de inmediato con una maniobra fácil. Los gritos de pánico de un par de mujeres atrajeron a oficinistas que quisieron disuadirme como si trataran con alguien sin cerebro. Yo ya estaba del otro lado de la ventana, aferrada al marco, exigiéndome a fondo para que la presión del viento no me echara a volar de cualquier forma y con los ojos cerrados para que el terror del abismo no me causara retrasos imprevistos. Apoyé los pies en el vidrio, solté las manos al tiempo que me impulsé suavemente con las piernas, y de espaldas empecé un descenso tan pavoroso que me hizo desear haber empleado un recurso menos traumático.

Cada hueso fue reducido a migajas tras la explosión de mi cuerpo contra el asfalto, y mis extremidades sangrantes quedaron diseminadas sobre la calle, como si las hubieran lanzado al azar. Una muerte segura, sin duda. Y con ella pensé que sobrevendría el olvido de cualquier vínculo emocional, la pérdida de mis escasos saberes, la extinción de la conciencia envenenada por los recuerdos: la paz total. Pero para mi sorpresa no fue así. ¡Maldita sea, no fue así!

Desperté de pronto en la calle con todas mis partes completas y atornilladas en sus lugares de origen, pero enloquecía y aullaba de dolor, como si cada hueso y cada órgano continuaran pulverizados por la caída. Ya no me sentía con la autoridad que minutos antes ejercía sobre mi cuerpo físico, sino dominada por una fuerza ante la cual era incapaz de resistirme. Ingresé de nuevo al edificio y me vi empujada de pronto dentro del mismo ascensor que poco antes me había dejado en el piso 40. Traté de bajarme en las detenciones previas, pero no pude mover un

músculo, atada sin remedio a una situación de cuyo fin quería escapar a toda costa. El ascensorista, vestido de manera impecable y de una belleza sublime, me hizo señas de que no se podía hacer nada; tendría que esperar.

La misma fuerza que me tuvo frenada me impulsó a salir al piso 40, me trepó en la ventana y me permitió aferrarme al marco durante unos segundos en los que invertí mis últimas gotas de energía. Pues a pesar de lo que me pasaba creía que aún estaba en mis manos la posibilidad de hacer algo para no caer otra vez. Cuando sin querer doblé las piernas para ganar potencia para el salto, mis dedos se fueron despegando uno a uno, sin que importara la ferocidad de mi oposición, y me desprendí con un impulso vigoroso que por desgracia cambió la posición de mi caída. De modo que ya no vi el cielo radiante alejándose de mí, sino la calle cada segundo más cerca, cada maldito segundo más cerca, y grité aterrorizada antes de estampillarme contra el pavimento y desbaratarme de nuevo como un rompecabezas. Me levanté de inmediato, otra vez vapuleada por el suplicio de las entrañas desbaratadas y de los huesos en astillas, sólo que multiplicado por dos. Gimiendo, llorando e implorando subí por tercera vez al ascensor para que me condujera de nuevo al piso de mi infierno.

Inmersa en aquella rutina tortuosa que impedía el forjamiento de un hábito que me alivianara la carga con el consuelo de la resignación, no pude establecer el tiempo que transcurrió hasta el día en que el ascensorista se detuvo antes de lo previsto y me dijo:

-Usted se queda aquí. Ya terminó. Dios quiera que le vaya bien.

La puerta se abrió a un mundo donde la luz colmaba cada rincón, sin que fuera posible determinar su procedencia, y no estorbaba para ver ni llenaba las entrañas

con una vaharada de fuego al respirar. Un camino de tierra se abría a mis pies, trazado con hileras de piedras que relucían como el diamante. A lo lejos se veía un pueblo de casas preciosas pintadas con colores alegres. El eco de una canción cantada por una multitud llegaba hasta mí como una invitación irresistible. Traté de acelerar, pero aún no me recobraba de la turbación de mis caídas sucesivas. Sin embargo, en la medida en que iba recomponiéndome empezó a ser cada vez más claro que el lugar no sólo no era nuevo para mí, sino que incluso me era más familiar que el espacio que yo había abandonado por mano propia. Era un regreso a las entrañas maternas, a un ámbito de protección y descanso donde advertí lo mucho que alguna vez me pesó el yugo de la carne. Caminaba con un poco de desilusión, conteniendo las ganas de llorar, un tanto apenada y molesta de estar ahí más por un gesto de misericordia que por mis propios méritos. Una mujer hermosa, con joyas en las manos y el cuello y una corona refulgente en el cráneo, me salió al paso con una sonrisa acogedora.

-Se ve tentador, ¿verdad? – dijo señalando hacia el pueblo-. Pero aún falta mucho para que puedas ser recibida. Por ahora quiero decirte que se me ha autorizado para llevarte donde están tus verdugos. Con tus propias manos podrás cobrarles lo que te hicieron. Estás en la libertad de aceptarlo o no.

Tan pronto le di mi respuesta, aparecimos en un mundo desértico, infestado de formaciones rocosas distribuidas con tanto desorden, que obligaban a corregir el rumbo tan pronto como se acababa de corregir el anterior. La furia del viento levantaba torbellinos de polvo que tan pronto amenazaban con echarme a volar como con encegüecerme. La mujer, en cambio, permanecía inmune a todo, como si nada pasara, y su auxilio fue determinante para que pudiera continuar a su lado sin mayores contratiempos. La luz de dos estrellas agotadas despedía una tímida

coloración naranja que apenas si se atrevía a rasguñar la noche eterna. Luego de mucho camino empecé a oír gritos de sufrimiento, aullidos sin descanso, y a una muchedumbre que celebraba cada lamento con carcajadas y aplausos.

-En vista de la gravedad de sus acciones, se ha decidido dejar a Sandra y Pablo en manos de sus víctimas –dijo la mujer-. Aquí están, indefensos, sin fuerza, padeciendo un castigo que se les hace creer que será para siempre.

Entonces lo supe. Con mi tortura y violación a Sandra y Pablo se les abrió el apetito, y en el curso de los diez años que consiguieron huir de las autoridades a lo largo y ancho de Suramérica dejaron un rastro de crímenes despiadados que sólo se detuvo cuando una noche una turba desaforada los sorprendió en la carnicería de una niña. Los pocos policías que acudieron al llamado de emergencia fueron insuficientes para dispersar a la muchedumbre y poner a salvo a los delincuentes, que murieron luego de ser golpeados con piedras y bates, de ser acuchillados desde los pies hasta los ojos y de ser bañados con gasolina para luego prenderles fuego hasta reducirlos al carbón mineral. La extemporánea llegada de los refuerzos libró al menos a los policías de que los vapulearan por haber defendido a los violadores.

Sandra y Pablo estaban en el centro de un círculo iluminado por antorchas, compuesto en su mayoría por personas iracundas, acezantes y al acecho que se los turnaban para masacrarlos con métodos atroces. Iba a preguntarle a la mujer quiénes eran esas personas cuando ella, como si leyera mi pensamiento, me dijo:

-Hay dos grupos. El primero se trata de los seres de los que Sandra y Pablo abusaron y asesinaron y de los familiares y amigos que sufrieron por eso. Están aquí para saciarse. Como no todos están carcomidos por el odio, se cansan pronto

de martirizarlos. Pero el castigo no puede detenerse, así que es necesario acudir a la ayuda del segundo grupo, que son seres brutales que viven felices infligiendo sufrimiento. Este caso es muy especial para ellos, pues pueden obrar a su antojo y en algunos momentos alcanzan altísimos puntos de crueldad.

Una anciana, abuela de una víctima, tomó a Sandra de los pies, la levantó casi sin esfuerzo y luego de lanzar un grito de triunfo la azotó contra las piedras. La cabeza reventó como una bomba de agua, los brazos se desprendieron y sólo uno de sus senos quedó en su puesto. La multitud aplaudió, rió y lanzó rechiflas. La anciana fue aclamada hasta que en escena entró un hombre, tío de una víctima, que se precipitó sobre Pablo, y sin oposición le dio cinco tarascadas de cocodrilo, y le arrancó las entrañas palpitantes. La gente chocó las manos, se abrazó, dio pasos de baile. Los cuerpos permanecieron inertes mientras el júbilo parecía prosperar para una larga y buena vida, cuando de pronto sus dueños sin fortuna recobraron el dominio perdido, y las heridas sanaron en un pestañeo y quedaron tan nuevos como si hubieran vuelto a nacer.

Entonces me fijé en Sandra, y fue muy fácil reconocer en sus ojos el mismo pavor atroz que debió expresarse en los míos en el trascurso de mi castigo, sólo que en ella estaba multiplicado por una cifra un millón de veces mayor. En un segundo me arrebató la iracundia y el deseo de venganza, y me ensañé de tal modo con mis victimarios, que al final, asqueada de tanta sangre, miembros cercenados, regueros de sesos, huesos rotos y resurrecciones sucesivas, el público me despidió con una ovación tan resonante que me dio una buena idea del tamaño de mi inspiración. Con mucha vergüenza debo decir que sólo entonces me acordé de mi madre, y le pregunté por ella a la mujer.

Me llevó de regreso a la Tierra. Estaba en su casa, buscando algo entre los cojines de los muebles, debajo de los colchones, entre la misma basura. En la calle se acercaba a los transeúntes y les preguntaba algo que yo no comprendía, pero no le prestaban atención, como si no existiera, y seguían de largo mientras ella se exasperaba y se arrancaba el cabello y se arañaba la cara hasta sangrarse. Recorrió la ciudad entera sin pasar por alto ni una sola cuadra, sin que ni siquiera el excremento de los perros ni de los habitantes de calle se salvara de sus registros exhaustivos. Había salido de su casa con su mejor vestido, y lo desvarató retazo a retazo en la medida en que crecía su rabia y frustración, hasta terminar como una sucia vagabunda bañada en lágrimas, sin más alternativa que mendigar una moneda de lástima que todos le rehusaron. Esta vez mi guía no se anticipó, sino que me dejó preguntarle qué le pasaba a mi madre.

Me respondió que estaba siendo castigada. Llevaba siglos buscando la fortuna que sus socios le robaron. Aún creía que estaba en el mundo de la carne y así seguiría por la eternidad, de no ser porque era hora de ayudarle. Estaba muy apegada a su dinero, era lo que más le importaba, así que le costaría abrir los ojos a su nueva realidad. Si yo quería podía darle una mano. Iba a necesitar mucha paciencia, pero el vínculo familiar me facilitaría un poco las cosas. ¿Estaba interesada?

Acepté, aunque con las reservas comprensibles de quien no sabe bien lo que debe hacerse. La mujer partió, no sin antes dejarme unas instrucciones que me sirvieron para ganar algo de confianza. Aunque los progresos no han estado a la altura de mis expectativas, después de un tiempo que no quiero especificar mi madre ya da muestras de que empieza a reconocermme. Sin embargo, esa mínima victoria sobre su condición ha constituido una razón de peso para que sufra. Pues

resulta incapaz, tal como sucedió en mi caso, de sustraerse a la fuerza de succión de sus búsquedas sin porvenir, que cada vez se han vuelto más repugnantes, inmundas y tan insoportables, que muchas veces no podemos reprimir las arcadas y vomitamos. Ignoro cuántos esfuerzos me restan hasta que ella no sólo admita que ya no hace parte de los residentes de la carne, sino que pueda verse de nuevo predominando sobre sus sentidos y orientando el curso de sus acciones, y libre de una vez por todas de la sentencia dictada en su contra aún antes de la mía. Porque tras la pérdida de su cuantioso patrimonio y desentenderse de mí, su derrumbamiento moral no cesó de abarcar zonas cada vez más profundas y esenciales, cada vez más delicadas y sensibles, y terminó por precipitar su catástrofe una noche en que se voló los sesos en un paraje desolado donde se le halló mucho tiempo después, cuando ya los carroñeros la habían consumido hasta la última fibra y sobre el suelo yacía la carcasa inútil de los huesos pelados.